Sci·FdI - Revista de Ciencia Ficción - #11 - 01/2015 - Facultad de Informática - UCM - ISSN 1989-8363

Sci·FdI: Revista de Ciencia Ficción de la Facultad de Informática de la UCM

SCI fdi

"El robot psíquico del Doctor Espacio"

Cuentos y poemas se dan a la fuga ante las autoridades

Portada por Ricardo de la Sen | http://www.ucm.es/sci-fdi | scifdi@fdi.ucm.es

Universidad Complutense Madrid

· Los óculos del caracol · Qualiorama · Un embebedor alienado · La vaca · Las cinco puertas · Rastrillo de lecturas #4 · Un melancólico sabor a futuro · Odisea a Centauri · Cuando llegue · Un encuentro · A tiempo luz · Y más... ·

Comité Editorial

Rafael Caballero Roldán
Enrique Eugenio Corrales Mateos
Héctor Cortiguera Herrera
Manuel Gómez Lagóstena
Javier Muñoz Pérez
Salvador de la Puente González
Francisco Romero Calvo
Fernando Rubio Diez
Pilar Sancho Thomas
Julio Septién del Castillo
David Sigüenza Tortosa
Gumersindo Villar García-Moreno

Portada

Ricardo de la Sen

Maquetación

Beatriz Alonso Carvajales
Enrique Corrales Mateos
Salvador de la Puente González

Esta revista ha sido maquetada con software libre usando Scribus

Editorial

Comité Editorial

Estimados Sci-Fdi-amigos,

Ya tenemos nuevo número, el último de 2014 o el primero de 2015, os dejamos elegir según cómo se os haya quedado el cuerpo tras las navidades.

Contamos con relatos sobre animales inquietantes; vacas que no son lo que dicen ser, perdón, lo que mugen ser, en el relato *La vaca,* o caracoles que caminan lento pero seguro hacia su inquietante destino en *Los óculos del caracol.* En *Qualiorama* nos encontramos con una distopía, esos relatos de mundos posibles pero poco deseables que nos hacen removernos incómodos en la silla. Para los aficionados a las fantasías épico-oníricas recomendamos *Las cinco puertas,* mientras que aquellos amantes de los idiomas encontrarán en *Un embebedor alienado* su relato. Y por supuesto tenemos nuestro "Rastrillo de Lecturas" para ponerlos tras la pista de libros poco conocidos o curiosos. Completamos el número con la segunda parte de los poemas finalistas en nuestro certamen de poesía de ciencia ficción. Seguro que os sorprenderán.

Corresponde en estas fechas compartir nuestros mejores deseos para el año 5x13x31 que comienza, pero resulta mucho más difícil concretar estos deseos. Si ponemos eso tan bonito de "salud para todos" estaremos proponiendo la quiebra de nuestro sistema sanitario y de pensiones, que cuenta con un número estimado de fallecimientos para seguir adelante. Por supuesto si tratamos de particularizar con "salud a nuestros lectores" estamos implícitamente deseando un incremento en el ratio de mortandad de los no-lectores. Complicado. Si cambiamos de tercio y deseamos que "vuestros sueños se hagan realidad" tenemos el problema de que puede que dos o más de vosotros tengáis sueños contradictorios; al menos uno no se podría cumplir... y de paso tampoco lo haría el nuestro. En fin, parece que lo mejor será desear algo realista, como que soportemos lo que venga con humor y una pizca de ciencia ficción. Nosotros prometemos ayudar.

Ah, se nos olvidaba: ha llegado a nuestra redacción el rumor de que hay un hacker que cambia los contenidos on-line según los publicamos, de forma que lo que leéis no tiene nada que ver con lo que escribimos y recibimos de los autores, incluso dicen que la revista original es de una temática completamente distinta. Desmentimos estos rumores; somos una revista de política y economía de las más serias del mercado y jamás permitiríamos que algo así ocurriera.

Índice

Los óculos del caracol....5
Qualiorama....15
Un embebedor alienado....23
La vaca....27
Las cinco puertas....31
Rastrillo de lecturas #4....34
Selección del concurso de poemas, II....36

Edición on-line:

http://www.ucm.es/sci-fdi/

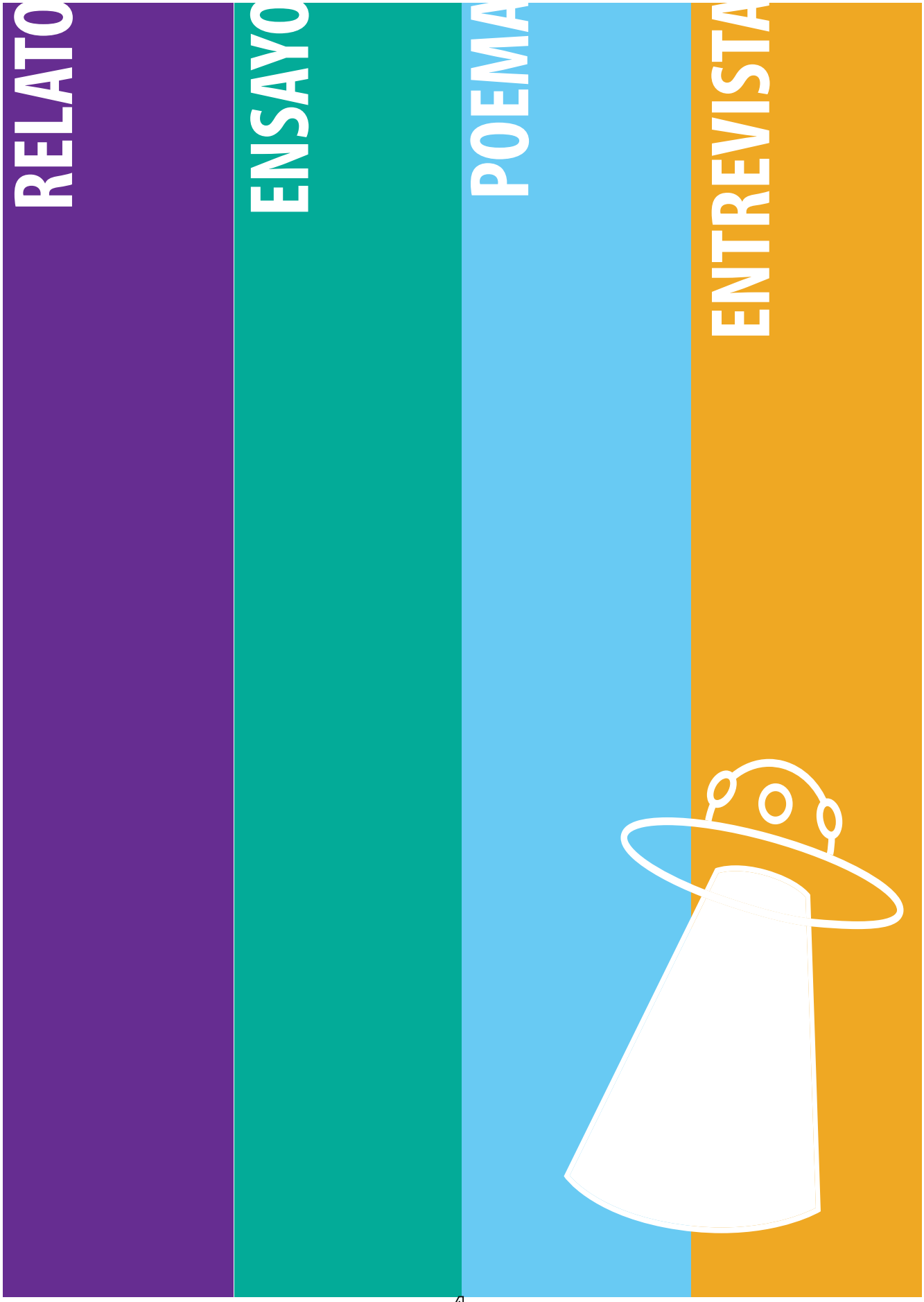
Envíos, dudas o sugerencias:

scifdi@fdi.ucm.es

Aviso Legal

Salvo cuando se especifique lo contrario, todo el contenido generado por la propia revista SCI-FDI está sujeto a la licencia "Creative Commons Reconocimiento 3.0", con la excepción de las obras publicadas cuyos autores conservan la propiedad intelectual. Por tanto, los relatos podrán estar sujetos al tipo de licencia que estime oportuno el autor, aunque desde Sci-FdI se recomienda alguna de las licencias Creative Commons.

Código de colores



Los óculos del caracol

Mauricio del Castillo

Tomás Navarro bajó del autobús y se cubrió la cabeza con el periódico extendido. La lluvia caía a cántaros. Subió la calle empedrada en pequeños saltos para evitar así que sus zapatos se mojaran. El brillo de los faroles permitió ver el reflejo que desprendía el temporal, así como los guijarros suaves que se limaban ante el paso incesante de los arroyos.

Vislumbró el enrejado de su casa con su característico decorado, así como el esmerado piso de cemento. Se concentró tanto en llegar y resguardarse de la terrible lluvia, que no alcanzó a mirar el suelo. Algo tronó debajo de su zapato. Sintió el crujido de súbito, con una sensación de sorpresa y susto.

Tomás se dio cuenta de que se trataba de un caracol. No era la primera vez que ocurría esto. Siempre que aparecía la temporada de lluvias salían de su escondite y se interponían en el camino de baldosas, pasillos y jardines, justo en los puntos donde las personas suelen transitar. Era de esperarse que la concha estuviera triturada, rota en decenas de fragmentos, una masa de baba sin forma. Pasó la suela por el borde de la banqueta para deshacerse de aquellos restos. Ahora sólo permanecía un rastro húmedo, sin ninguna señal del caracol.

Pero su vía crucis no terminaba ahí: decenas de caracoles se hallaban desperdigados en todos puntos y arrastrándose hacía todas direcciones, con su paso aletargado y acuoso, como si se tratara de una pista de baile.

Caminó por encima de ellos, sorteándolos, alzando los pies por encima de sus rodillas. Abrió el enrejado. Justo ahí, en el patio de su casa, se encontraban tres caracoles adheridos a los mosaicos del patio.

Tomás, maldiciendo a todas voces, alzó su rostro con gotas de lluvia escurriendo y gritó:

—¡Julia! ¡Saca la escoba! Estos caracoles

ya se metieron en la entrada. ¡Y ya pisé uno!

Su esposa se asomó por la ventana de la sala. Segundos después apareció en el marco de la puerta, con una toalla seca. Tomás se sacudió el exceso de agua, cogió la toalla y entró a la casa.

—Hay que barrer allá fuera. Esos caracoles me van a volver loco —dijo, mientras se pasaba la toalla encima del cabello. Su esposa lo miró con los ojos entrecerrados, casi al borde del sueño. Dio media vuelta y subió por las escaleras, no sin antes decir:

—Mañana no entrarán, Tomás. Déjame dormir. Te preparé unos emparedados. Tómalos de la mesa de la cocina.

Tomás frunció el entrecejo y gruñó:

—Malditos animales. Uno de estos días yo…

Luego de tomarse un baño, calzarse las pantuflas y vestirse las pijamas olvidó los zapatos en el baño. Debía estar ahí todavía la marca viscosa del caracol, una marca que no le gustaría volver a ver la próxima vez que se calzara el mismo zapato.

Salió de la habitación. Su esposa giró en la cama y preguntó:

—¿Qué haces?

—Voy a limpiar mi zapato.

—¿Por qué?

—¿No te dije que pisé un caracol allá afuera?

Ella murmuró algo y hundió el rostro en la almohada, muerta de sueño.

Tomás se dirigió al baño, tomó los zapatos y los llevó a la sala. Cuando se dispuso a limpiar la suela del zapato marcado, se encontró con algo muy curioso: la saliva del caracol había desaparecido. En su lugar se hallaban tres puntos de metal, tan brillantes a la luz que tuvo que cerrar los ojos para no deslumbrarse. Los puntos eran tres veces más grandes que la cabeza de un alfiler y su separación formaba un triángulo. Tuvo que hacer uso de su navaja de bolsillo para retirarlos y examinarlos a detalle. Tardó veinte minutos en remover todas las piezas. Se colocó las gafas y acercó una lámpara. En el triángulo, los puntos se articulaban por medio de una pequeña estrella cristalina.

Regresó a la alcoba sumido en duda. Se recostó a un lado de la cama y continuó maldiciendo en voz baja.

—¿Ya limpiaste tus zapatos, Tomás? —preguntó Julia.

—Sí. Eso hice.

—Mañana barreré el patio y la banqueta antes de que llegues. ¿Ya estás más feliz?

—Sí. Feliz.

—Entonces apaga la maldita luz y déjame dormir por lo que más quieras.

Tomás no respondió. Después de cinco minutos el sueño lo venció.

* * *

Luego de disponerse a salir por la mañana con rumbo al trabajo, Tomás observó el patio y notó con satisfacción que no había rastros de ningún caracol. Del otro lado del enrejado ocurría lo mismo. El sol se asomaba a sus anchas por encima de las colinas sin una sola nube encima y sin ninguna amenaza de lluvia a la vista. Era un hecho científico que la lluvia, la humedad y el agua asentada provocaban que los caracoles salieran de sus escondites y se regodearan de la vida en lugares abiertos y, sobre todo, transitables. En ocasiones hacían uso de su piel pegajosa para succionarse de cualquier superficie y arrastrarse sobre ella. Los había visto escalar y salir con vida de los caudales.

Durante el trayecto hacía su oficina, escuchó el pronóstico del tiempo en la radio del autobús. Vaticinaban buen clima, nubes despejadas, temperatura cálida y poca probabilidad de lluvia. Lo aprovecharía para encontrar a los caracoles y arrojar sobre ellos jabón en polvo que los haría quemar su delicada y repugnante piel debido a su alta concentración de HP. Perecerían al instante. No sería difícil encontrarlos. Entonces, cuando todos y cada uno de ellos dejarían de existir daría paso a la escoba de Julia para barrerlos de una buena vez. Enseguida depositarían sus restos en el contenedor de basura orgánica.

Luego de su jornada en la oficina, la luz comenzaba a menguar poco a poco. Bajó del autobús, y fue recibido por una gota de lluvia. El cielo estaba oscuro debido a la presencia de una nube gris. Para su sorpresa, la nube comenzó a cerrarse como una pesada cortina.

Los truenos se presentaron en rugidos consecutivos. Los rayos sucedían aquí y allá en un alboroto de flashes. La lluvia comenzó a caer.

—¡Me lleva! ¡Otra vez no!

Sacó de su portafolio el periódico, lo desenrolló y lo colocó a unos centímetros por encima de su cabeza. Con esfuerzo subió la pendiente. La lluvia impedía que viera el suelo que pisaba. No tenía una idea de cuál era la distancia que lo separaba de su casa. Durante todo el trayecto deseó no pisar a uno de esos repugnantes bichos. Cada pisada que realizaba era un suplicio, una agonía, una muestra de su caprichosa suerte.

Se percató de que el farol que iluminaba la calle estaba fundido. Lanzó una maldición que puso en alerta a los perros que se resguardaban en sus pequeñas casas de madera. Estaba oscuro; no podía ver siquiera sus pies. Un relámpago iluminó en un breve instante la banqueta donde Tomás intentaba circular. Se encontró con decenas de conchas de caracol. La imagen se grabó en su mente antes de lo tragase la oscuridad. Permaneció quieto por un momento, con el periódico arriba de él y la boca abierta. Intentó sortear la banqueta y caminar por la calle. Las rocas estaban resbalosas. Por un segundo creyó que perdería el equilibrio y que caería al suelo. Se sujetó del capote de un auto y regresó con precaución a la banqueta. Fue entonces que pisó la concha de un caracol.

Esta vez el crujido sonó diferente. El sonido se asemejaba al tronido de un reloj de cuarzo. Se agachó y observó el resultado. Una pequeña luz comenzó a parpadear en el suelo, justo en el lugar donde juraba se encontraba el caracol. Un nuevo relámpago dejó entrever que ahí yacía un mecanismo roto.

Tomás lo recogió del suelo. Las piezas se desperdigaron en su mano. No podía tratarse de los restos de un caracol. Seguramente algún distraído tiró un objeto al suelo cerca de la entrada de su casa. La lluvia envainó, pero a Tomás parecía no importarle. Estaba fascinado por aquel tinglado de piezas.

Salió de su asombro y guardó las piezas en el bolsillo de su saco. Tardó mucho tiempo en eludir a los caracoles. Abrió el enrejado de su casa y entró.

Julia extendió hacia él una toalla seca. Tomás no profirió ninguna queja. Tomó una ducha caliente. Al salir y colocarse las pijamas, se dirigió al estudio sin decir una sola palabra. Extendió las piezas sobre el escritorio y las examinó con minuciosidad.

Se encontraban pedazos de concha de caracol, pero de un material distinto. No podía estar equivocado. Intentó unir con pegamento la concha como si se tratara de un juego de rompecabezas. Los fragmentos embonaban a la perfección. Las pequeñas piezas no correspondían a las de un reloj, ni siquiera tenían la composición electrónica requerida. Llamó su atención una pieza: se trataba de dos puntas alargadas, muy parecidas a las antenas que portaba un caracol.

—¿Qué demonios es todo esto? —profirió Tomás para sí mismo, mientras sujetaba aquella curiosa pieza con la yema de sus dedos. Una corriente eléctrica pasó de una punta a otra. Tomás sintió como atravesaba su piel y las soltó.

Corrió hacia la habitación. Sacudió a Julia que permanecía acostada en la cama y dijo:

—Julia, despierta, tienes que ver esto.

—¿Mhh? Ay, Tomás, déjame dormir, por favor.

—Pisé otro caracol. Al menos eso creo. Nunca antes había visto uno así.

Julia tardó en levantarse de la cama. Tomás no dejaba de apurarla. Al arribar al estudio, las piezas habían desaparecido. Tomás miró dentro de los cajones y debajo del escritorio, pero no se hallaba ningún rastro del caracol. Se rascó la cabeza, desconcertado.

Su esposa cruzó los brazos y preguntó:

—¿Qué querías que viera?

—¡El caracol! Tenía dentro piezas que…

—¿Qué clases de piezas? —preguntó ella, en un tono displicente.

—Piezas mecánicas de metal y plástico. Las examiné aquí —señaló el escritorio— y me percaté que la concha coincidía con la forma de un caracol.

Julia abrió los ojos por completo y exclamó:

—¡Ay, Tomás! —Le dio la espalda a su

esposo—. Mañana tengo cita con el dentista por la mañana. Deja de jugar, ¿quieres?

Tomás miró cómo se alejaba por las escaleras. No perdió tiempo y buscó las piezas del caracol de metal por toda la estancia. Sin embargo, no halló ningún rastro.

Debían estar en alguna otra parte.

Abrió la puerta principal de la casa y se encontró con tres caracoles en el patio. Cada uno se dirigía a distinto punto. Se dio cuenta de que ninguno de ellos se asemejaba al que había pisado. Los tomó con los dedos, uno por uno y después los arrojó en una bolsa de plástico. Repitió la misma operación con los otros que se encontraban en toda la calle. No le importó la lluvia, ni siquiera las altas horas de la noche. Dos horas después regresó a su casa con la bolsa llena de caracoles, uno encima del otro. Vació la bolsa en el patio de azulejos.

Tomás extrajo un martillo de la caja de herramientas y apaleó las conchas como si se trataran de nueces. Los golpes se repetían una y otra vez. Todo el contenido comenzaba a convertirse en una masa espesa de color verde. A pesar del desagradable espectáculo, Tomás encontró una satisfacción un tanto maniaca al destruirlos.

Julia abrió la ventana del cuarto y dijo:

—Por Dios, Tomás, ¿no te das cuenta que es la una de la mañana? ¿Quieres dejar de hacer eso? La señora Villalpando acaba de llamar para quejarse del ruido.

No volteó siquiera a verla. Julia dijo algo que Tomás no alcanzó a escuchar y cerró la ventana.

Continuó con su labor. Estuvo a punto de terminar cuando abrió de golpe uno de ellos. El sonido fue más seco y crujiente. Se inclinó y vio una desagradable forma a sus pies. Se trataba de un caracol mecánico, partido en dos, justo en la concha, con las dos espirales intactas. La limpió y la llevó dentro. Se aseguró de colocarla en un lugar seguro donde Julia no lo viera.

O donde no pudiera escapar.

* * *

—¿Y bien? ¿Qué cree que sea, profesor?

Tomás no dejaba de parpadear ante las luces de los proyectores del laboratorio de la Facultad de Ciencias. Se inclinó hacia adelante a fin de sondear la expresión del profesor Rossi, mientras éste examinaba la visión aumentada que ofrecía la lupa.

El profesor preguntó:

—¿Existe alguna razón en particular para que usted tenga este mecanismo?

—Ninguna.

—¿Dónde dice que lo encontró?

—En el patio de mi casa.

—Ahh —expresó el profesor Rossi.

—Y bueno, ¿eso qué significa?

—Es un juguete mecánico.

—¡Un juguete! ¡Eso no puede ser!

—Debió caérsele a un niño. Ya sabe cómo son de distraídos.

—¿Ah sí? ¿Y qué me dice del caracol que pisé antes? ¿Eran dos juguetes? Y creo que llegué a encontrar un tercero. Esa fue la primera vez, pero no estoy muy seguro.

—¿Qué le puedo decir, señor Navarro? Tal vez un niño extravió el juego completo.

—¿Este juguete funciona bajo la lluvia? ¿Convive con los demás caracoles? Parecen tan reales…

—Bueno —comenzó el profesor Rossi—, usted conoce los avances de la industria juguetera. Hoy en día crean cosas impensables.

Tomás estuvo a punto de decir algo, pero el profesor lo interrumpió:

—Aguarde. Aquí hay algo. —Alzó el objeto con unas pequeñas pinzas y lo acercó a la lupa. Tomás miró a través de ella y preguntó:

—¿Qué es?

—Parece una lente. Una muy pequeña. Se encontraba incrustada justo debajo de la punta. En realidad la punta corresponde al ojo del caracol. Es más pequeña que la lente de una cámara de un teléfono móvil. ¿La ve?

—Sí… la veo. También la abertura.

Entonces Tomás hizo un horrible descubrimiento. Se quedó inmóvil por un segundo, miró la pequeña lente y regresó su mirada al profesor con una expresión de

asombro.

—¿Qué le ocurre? —preguntó el profesor—. ¿Se siente bien?

—Tengo que irme. Mañana lo paso a ver.

—Oiga… —pero Tomás ya había abandonado el laboratorio.

Sabía que debía sentirse aliviado, pero por una extraña razón no lo estaba. Comprendió en ese momento que se había aferrado a la noción de aquellos repugnantes juguetes que aparecían por su casa, para no entregarse a otras ideas más inconcebibles.

Sintió un malestar en el estómago. Algo estaba revolviéndose por dentro. Comenzó a tener nauseas en plena calle, pero se controló.

Halló una cantina y decidió pasar el mal rato de anoche y la respuesta burda de esa mañana en el laboratorio con una botella de cerveza *bock*. Algo dentro de él había suprimido el instinto de responsabilidad para acudir al trabajo. Llamó por teléfono para avisar de que estaba enfermo. No estaban muy convencidos, pero aceptaron por fin los argumentos de Tomás. Valía la pena descansar y pensar bien las cosas.

Para su suerte, esa tarde no llovió. Regresó más temprano de lo acostumbrado. Las calles lucían despejadas y limpias, sin un solo rastro de basura, heces de perro y, sobre todo, caracoles cibernéticos. Entró en la casa y se dirigió a la alcoba. Se quitó los zapatos y se recostó en la cama sin ni siquiera tomarse la molestia de cambiarse de ropa. Miró el techo, intentando de alguna forma alejar las preocupaciones que lo perturbaban.

Una lente… ¿para qué podía servir? ¿Cuál era su función? ¿Qué hacía que un niño de cinco años deseara grabar algo con un caracol de juguete? Se levantó de la cama y buscó en la Internet algo que pudiera indicar su existencia. Consultó los portales de las principales jugueterías, pero ninguna lo trabajaba.

Anhelaba con desespero volver a su ambiente cotidiano; los recuerdos de transitar con paz sobre la banqueta, con lluvia y sin ella. Si cerraba los ojos volvía a sentirse en ese lugar al que mucha gente retorna después de una extraña semana de pequeñas alteraciones. «Creo que alguien me la quiere hacer», se dijo. «Alguien desea saber cosas acerca de mí».

Llegó a la conclusión de que estaba siendo vigilado.

Los caracoles eran pequeños dispositivos de vigilancia, tan sutiles y cotidianos que nadie se fijaría en ellos. Por desgracia él sabía por qué: mantenerlo vigilado, sin un aparente fin. No podía concebir que fuera de esta forma. Miró el techo por horas. Temía que fuera sorprendido en un acto *in fraganti* para después despojarlo de sus derechos como ciudadano. Esto podía suponer el encarcelamiento por algo que no cometió.

El caracol tenía un aspecto orgánico por fuera. Pero debajo de toda su coraza se encontraban cables y circuitos, componentes en miniatura, resplandecientes... Había mirado el interior del caracol y vio un enmarañado de enlaces, motores, válvulas, relés, circuitos integrados, todo en dimensiones muy pequeñas.

Pensó con atención de qué manera el Gobierno, alguna institución secreta, o vaya a saber qué jodida mente torcida, habría diseñado los caracoles. Ahora tenía una idea bastante clara de cómo estaban diseñados. Dos paneles principales, uno a cada costado de la concha; con seguridad los técnicos los retiraban a fin de inspeccionar el funcionamiento de estos extraños dispositivos de vigilancia.

Julia rodó hacía su lado izquierdo. Rozó las ropas de calle de Tomás y despertó.

—¿Tomás? —musitó, con los ojos entrecerrados.

—¿Qué ocurre? —alcanzó a decir él sin el menor tono de voz.

—¿Por qué no te has quitado la ropa?

—No lo sé. Supongo que tenía mucho sueño.

—Pues no parece que lo tuvieras. ¿Te sucedió algo?

Tomás guardó silencio en espera de que ella abandonara la conversación y se dispusiera a dormir. Pero no lo hizo. Julia colocó una mano en el hombro de Tomás y preguntó:

—¿Tu hermano Israel volvió a pedirte dinero?

—¿Eh? Sí, eso es. Volvió a pedirme dinero.

—¿Y qué le dijiste?

—Le dije… Le dije que lo iba a pensar. —Intentó calmarse y aparentar que su nerviosismo se debía a un problema monetario entre hermanos. Susurró en la oscuridad—: Vuelve a dormir, Julia. Ya verás que ese imbécil no recibirá ni un quinto más.

Julia dijo algo incoherente y volvió a quedarse dormida. Tomás intentó hacer lo mismo, pero fue inútil: aún pensaba en la lente del caracol.

Y en los vigilantes.

Saltó de la cama y corrió al baño. Vomitó en el excusado. Después de eso, ya en pie y con el sudor escurriendo en su frente, se restregó la cara con agua fría. Se miró en el espejo por largos segundos, en espera de despertar y salir de esta pesadilla.

«Creo que lo entiendo», pensó atrozmente. «Debe ser así. Este dispositivo... Si encuentro la señal que emite con toda la información, puedo encontrarlos a ellos también. Tiene que ser enviado y recibido por otro dispositivo. Mi información, mi vida, todas mis acciones han sido almacenadas en esa minúscula unidad. Yo me hallo en el centro de toda esa información. Todo gira en torno a mí.»

Salió del baño, se sentó en su inmenso sillón y encendió un cigarrillo. Su mano temblaba. Necesitaba dormir. Se preparó un té de tila para conciliar el sueño, pero sus terribles sospechas volvían a asaltarlo:

«Tengo que pensar las cosas con calma», se dijo «¿Qué tratan de hacer? ¿Volverme loco? Los exámenes médicos y psicológicos de la oficina no habían encontrado nada anormal en mí. ¿Estarán confabulados para hacerme creer que yo soy una persona sana? Y en tal caso, ¿por qué?»

«Porque yo sé algo que ellos quieren», se respondió, «y eso, de alguna forma, los condiciona. Después de todo soy consciente de mis actos y de mis pensamientos. Eso debe desagradarles. Debe enfurecerles que tenga el control de las cosas. Lo menos que pueden hacer para que no lo eche a perder es que vigilen cada movimiento mío.»

Se dedicó toda la noche a tapar las ventanas hasta oscurecer por completo el interior de la casa. Desconectó todos los aparatos electrónicos, incluida la línea telefónica y la señal de Internet inalámbrica. Pensó apilarlos todos y cada uno de ellos en un sitio despejado y solitario, conseguir dinamita, encenderlos y ver todos y cada uno de esos aparatos volar en mil pedazos. Si los vigilantes hacían uso de caracoles, ¿qué podía impedirles utilizar aparatos caseros como una lavadora o una licuadora?

Julia también debía estar vigilada… Le aterraba el hecho de que una mujer indefensa pudiera estar involucrada en un acto vil como ese.

Pasó toda la madrugada acondicionando la casa. Retirar el teléfono fue sencillo. Aún faltaba el cable óptico, por lo que tuvo que derribar las puertas de tablaroca. La instalación eléctrica fue lo más difícil. Tiró todas las lámparas. Removió los contactos y los enchufes. No dejó que un solo cable se asomara. Con cemento fresco tapó los huecos y orificios que habían quedado en las paredes y techos. Con martillo, cincel y sierra de mano picó todas las paredes hasta retirar las canaletas y todo el cableado. Soldó las tomas de agua que había en la casa, incluidas las del cuarto de servicio y el jardín. Cerró la válvula de gas principal y retiró los tubos. Cuando por fin terminó miró con desconfianza las cañerías y el retrete. Ya se le ocurriría algo por la mañana.

Entonces, y sólo entonces, pudo conciliar el sueño.

* * *

Era de noche. Los grillos cantaban en una tonada quieta alrededor de la cuadra. Un perro ladraba a tres cuadras de su casa. Una tonada de jazz salía del equipo de sonido de algún vecino, apenas lo suficiente bajo para no perturbar a nadie. Tomás se echó hacia atrás en su sillón favorito, con un vaso de gin tonic en la mano. Dejó escapar un suspiro de alivio. Hacía semana y media que no había acudido al trabajo.

Atendió una llamada por teléfono. Se trataba del profesor Rossi.

—Señor Navarro —empezó el profesor—, hay algo que me gustaría atender con usted en privado. Es acerca de los curiosos

juguetes que trajo consigo hace dos semanas.

Tomás tragó saliva.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—No puedo decírselo. Es algo que debe ver por usted mismo. Venga a verme al laboratorio.

—Pero…

—¿Está ocupado? Creí que el asunto le interesaba. Si no es así, yo…

—De acuerdo. Sí me interesa.

—Muy bien. Aquí lo espero, entonces. Y no se lo diga a nadie. Buenas noches.

Tomás cortó la comunicación. Se mordió los labios, contemplando con cierto temor el teléfono recién colgado. No se había atrevido a salir desde hacía semana y media. Julia insistía en que eso no era nada sano. Aprovechaba para recordarle a Tomás que debía consultar a un médico; no tenía caso que no acudiera a la oficina si no se trataba aquel trastorno de ansiedad que le impedía salir de casa.

Tomás abrió la puerta principal con cautela y escudriñó el exterior. La noche estaba muy oscura. Una leve brisa soplaba entre los árboles y sobre la autopista.

No había llovido en todo el día; las calles lucían despejadas. Pero eso no aseguraba que los caracoles no planearan su nueva táctica de vigilancia, pensó. Sólo faltaba que la terrible lluvia hiciera acto de presencia para salir de sus escondites.

Tomó un taxi y apareció veinte minutos después en el laboratorio del profesor Rossi.

—¿De qué quería hablar conmigo? —preguntó Tomás.

—El registro de grabación. Lo he hallado. —El profesor Rossi se dirigió hacía un escritorio donde mantenía sujetado al caracol. Dos cables de video habían sido conectados dentro de su enmarañado sistema electrónico. Se inclinó ante él y sonrió, fascinado por el descubrimiento. Le dio vueltas y la expuso a la luz. Frunció el ceño y se concentró. Sus largos y ágiles dedos habían explorado el diseño: enlaces, terminales… Ahora se limitaba a comprobarlo. Enseguida dijo—: Me costó trabajo dar con las conexiones. Nunca antes había visto un sistema electrónico como éste. Probé la función de algunas terminales, pero no decían mucho.

—Escuche —intervinó Tomás—, tal vez sólo se trate del juguete de un niño. Usted ya lo había dicho.

—Lo sé. Pero estaba echando una ojeada y me topé con esto. —El profesor Rossi no abandonaba su fascinación—. Este mecanismo es único en su tipo. No tengo idea de si los japoneses estarán trabajando en ello.

—Es demasiado pronto. —Tomás observó con nerviosismo como Rossi manipulaba una consola de video—. ¿No podríamos esperar un poco?

—No se atreve a enfrentarse con la realidad, ¿eh? Observe el registro de grabación. Pueden causarle sorpresa las dimensiones aumentadas de las personas y de los objetos.

Las pantallas estallaron en una serie de imágenes y sonidos vertiginosos. Luego de que se estabilizara, comenzaron a definirse ciertos contornos que le parecieron muy familiares a Tomás. Una de ellas era la textura dura y porosa del hormigón de la banqueta. A primera vista parecía que se trataba de una superficie atacada por cráteres. La cámara se alzó y dejó ver las gotas de lluvia que caían por doquier, ahora convertidas en grandes y definidas masas de agua. Tomás supuso que esa era la visión de un insignificante caracol de jardín. Debido a la lentitud en el arrastre del caracol, todo sucedía con una velocidad asombrosa: la caída de la lluvia, el paso del agua, la aceleración de un auto, un zapato que descendía y se apoyaba en el suelo… El cielo parecía trepar hacía el infinito. La hierba había ganado las proporciones de robles aglutinados. Los ojos del caracol se movían a un paso bastante torpe. Sin embargo, el profesor Rossi dijo:

—Estos son movimientos premeditados. Fíjese cómo enfoca el camino.

La imagen era perfectamente nítida, sin ningún rastro de interferencia. Mientras un ojo del caracol escrutaba a su alrededor, el otro no dejaba de mirar el largo camino que tenía por delante.

—Para usted pueden pasar algunas horas, pero para estos animalitos pueden ser días. Adelantaré la grabación.

Las imágenes se movieron con rapidez. De pronto, el caracol había recorrido una distancia considerable: ahora se hallaba deambulando en el patio de Tomás. Una mancha borrosa apareció como una repentina llama de fuego. Cogió al caracol y lo introdujo en una bolsa donde se encontraban más caracoles de su tipo.

—¿Qué fue eso? —gritó alarmado Tomás—. ¿Qué fue esa mancha?

—Es usted, visto a través de los lentes del "caracol", o lo que sea que es. Recuerde que usted se mueve a una velocidad aumentada debido al relativo movimiento del caracol. —Un ligero aire de preocupación ensombreció el rostro del profesor Rossi—. ¿Lo vio alguien más? —preguntó, mientras contemplaba la lente con aire pensativo. Despejó un poco la mesa, apartó algunas herramientas y materiales—. ¿Lo observó su esposa?

—No lo creo. Ella es algo distraída.

—Entonces nosotros dos somos las únicas personas que conocemos la existencia de estos dispositivos.

Tomás se secó la frente con una mano temblorosa.

—Esa maldita cosa me estaba mirando a mí. Me estaba estudiando a mí. —Se puso a gritar como un histérico—. ¿Cómo cree que me siento? ¡Examinado por un repugnante caracol! Me miró. Me inspeccionó. Después, se retiró, como si se apartara de una lente. ¡Le digo que me estaba examinando!

—¿Sólo a usted?

—A mí. A nadie más.

—¿De qué cree que pueda tratarse?

—Al principio creí que se trataba del Gobierno. Luego descarté la idea; esto es muy sofisticado para ellos. Entonces pensé en una agencia de inteligencia, pero no creo que sea una persona que guarde un secreto muy importante. Entonces también descarté esa posibilidad.

El profesor permaneció sentado e inmóvil. Su mirada no siguió el rumbo del caracol diseccionado, sino que permaneció fija en Tomás.

Éste se puso en pie.

—Quizá sea algo venido del espacio exterior —comentó.

El profesor Rossi asintió. Sus duras facciones se suavizaron por un momento y adquirieron un temple meditativo.

—Creo que lo haré público —continuó Tomás—. Tarde o temprano se develará el causante de esta indignación hacía mi persona.

—¡No se atreva! Esto tiene una importancia mucho más benéfica. ¿Se imagina lo que podemos hacer si llegamos a descubrir cómo funcionan? Podríamos lograr duplicarlos y vender la patente a una multinacional. Piense en los beneficios.

Tomás no escuchó: se encontraba meditando en el alcance que debía tener dicho fabricador de caracoles artificiales. No había ninguna otra forma en que pudiera explicar eso. Lo descubrió poco a poco, empezando con la inquieta expresión en el rostro del profesor Rossi cuando tuvo que darle la razón a Tomás. No quiso decir más y se fue de ahí, con las imágenes grabadas por el caracol.

Cuando llegó a casa ya muy tarde descubrió una carta de Julia. Tomás la leyó en la sala y descubrió que lo había abandonado. Julia despertó con el hecho de que no había ningún servicio básico en la casa. Pensó que ya era suficiente.

Tomás buscó algo que comer en el refrigerador. Se conformó a regañadientes con cenar solo.

* * *

Despertó cerca del medio día. Sus temores de días recientes se habían disipado, abriéndole paso a un sentimiento de melancolía y abandono. Estaba lejos de sentirse fresco y descansado. Sobre todo la seguridad era un tema en el que no podía quejarse luego de las drásticas medidas adoptadas el día anterior.

Ya regresaría Julia a casa; debía darle tiempo. Los caracoles acabarían por ignorar todo el asunto y la normalidad regresaría a sus vidas. Luego de llegar a esa conclusión, decidió darse un baño con una cubeta de agua fresca. No hubo duda de que eso lo animó. El nuevo jabón perfumado que había

comprado Julia lo hizo entrar en una sintonía más positiva y menos paranoica. Se sorprendió de encontrarse con un inusitado buen humor.

Al terminar de ducharse, abrió la ventana para que el vapor se disipara. En la pared, junto a la ventana, justo del otro lado, se hallaba un caracol arrastrándose. Sus puntas se estiraban en toda su extensión. Tomás no daba crédito a lo que sus ojos contemplaban. El caracol se detuvo y apuntó sus zarcillos en dirección a Tomás. Las dos puntas volvieron a emitir una descarga eléctrica.

Tomás se incorporó a medias. Había palidecido con intensidad. La alarma se reflejó en sus ojos. Mientras aferraba con fuerza la esponja en su mano, su boca se abría y cerraba.

Había grandes ojos en la pared. Dos inmensas y precisas lentes de cámara que escudriñaba la regadera y examinaban. Las lentes abarcaban toda la fisonomía del sujeto que tenía enfrente.

—¡Santo Dios! —gritó Tomás.

Cerró la ventana con rapidez. Los ojos de cámara se retiraron a un mejor punto. Tomás se hundió poco a poco en el suelo. Lloraba como un niño asustado; se retorcía las manos sin cesar y su boca temblaba con violencia.

Corrió en dirección al sótano. En la puerta encendió la luz y bajó las escaleras. Haría funcionar el aspersor de hierba para acabar con esa plaga de una buena vez por todas. Sólo faltaba hallarlo y…

Se detuvo a medio camino. Un extraño sonido de castañuelas se escuchaba en todo el sótano, en especial en la parte de abajo. Era un sonido muy quedo pero persistente. Tomás intentó inclinarse para escuchar mejor y saber de qué se trataba. Bajó dos escalones y encendió el interruptor.

El terror se apoderó de él. El sótano se había convertido en un nicho de caracoles, uno encima de otro, como si se tratara de un enjambre o un hormiguero de proporciones descomunales. Las conchas chocaban entre sí y provocaban aquel extraño rumor. Por aquí y por allá sucedían chispazos eléctricos provocados por los contactos de las puntas de los caracoles.

Estaba atrapado.

Habían elegido su sótano como cuartel general. No sólo él estaba siendo vigilado. Debía tratarse de una cultura parasitaria, una raza evolucionada que vivía en la clandestinidad, que se aprovechaba del conocimiento y de los descubrimientos humanos.

Tomás escapó de ahí y regresó con una galón de gasolina. Lo hizo vaciar sobre los caracoles. Ahora que había llegado el momento, ya no conservaba la menor muestra de pánico. Sus temblores habían desaparecido para darle paso a un controlado impulso. Contempló todo con interés profesional. Un solo chispazo eléctrico, sólo uno para desatar el infierno y hacerlos desaparecer de la faz de la tierra.

Extrajo por fin un fosforo de la cajetilla. Lo encendió con fuerza. La llama flotaba, iluminando su decidido rostro. Su brazo se extendió y dibujó un arco al soltarlo. Lenguas de fuego azul recorrieron aquella masa de caracoles. El fuego prendió bien y en un momento la gran llama se mecía a sus anchas en los caracoles.

Tomás no tomó en cuenta que el fuego se extendería en toda la casa.

Los vecinos se reunieron alrededor de la casa en llamas. Al abrirse la puerta se sorprendieron al ver ahí a un ajetreado Tomás con el rostro lleno de hollín. Había alcanzado a salir con vida. Se tambaleaba sobre el camino del patio. Cuando traspasó el enrejado se dejó caer al suelo, boca arriba y con una sonrisa llena de satisfacción en la que no dejaba de repetir:

—Lo hice. Acabé con ellos. Díganle al presidente… ¡Díganselo! ¡Ja, ja, ja!

No sólo llegó el cuerpo de bomberos para extinguir las llamas. Un doctor hizo su diagnóstico y dos enfermeros lo llevaron consigo a la ambulancia en una camisa de fuerza.

Nunca más se le volvió a ver por el vecindario.

* * *

Gotas de lluvia intensa se desprendían de las macizas nubes. Los caracoles sobrevivientes emergieron de su escondite. Todos y cada uno de ellos se alinearon en

cinco filas sobre la banqueta sin ser vistos.

La señal de otro tiempo y espacio fue recibida.

—Den un reporte de los acontecimientos, Conglomerado C —requirió la voz de mando de la nave madre.

—Ha sido eliminado el elemento sospechoso —dijo el dirigente del Conglomerado C—. Creemos que sus argumentos no serán bien recibidos por sus congéneres.

—¿Hay posibilidades de un eventual regreso?

—Lo desconocemos. Pero creemos que no será fácil. El órgano de pensamiento es muy frágil en estas toscas criaturas. Su realidad se ha desquebrajado con suma facilidad.

—Hay que ser más discretos en la exploración de este planeta. ¿Alguna sugerencia?

El dirigente del Conglomerado C no dudó en decir:

—¿Podemos acelerar nuestra tracción? Creo que vamos un poco rezagados con respecto al Conglomerado B.

Qualiorama

Gael Velasco Benito

Había algo grotesco en los ojos de aquel libro. Le miraban desde el otro lado del banco, cercados por un centenar de diminutas líneas negras en cuyas irregularidades se adivinaban las letras que las conformaban. Alguien los había dibujado, pestañas incluidas, con un rotulador indeleble.

Era la página de un periódico. Cortada, doblada y pegada a las tapas para evitar que otros supiesen lo que estaba leyendo.

Los ojos de Felipe saltaron a las manos de su dueño, y de ahí a las mangas, a la chaqueta azul, al mentón cuadrado y perfectamente afeitado de su cara. Todo en él le identificaba como un Hombre de Oficina. Anodino. Meticuloso. Sin aspiraciones artísticas. Así pues, ¿Quién había hecho el dibujo? ¿Su hijo? ¿Su mujer? ¿Su amante?...

Le delató el traqueteo de las vías. Al levantar la vista del libro y darse de bruces con la mirada de Felipe, el oficinista hizo una mueca y se alejó a toda prisa.

El cofundador de Qualiorama intentó pedirle disculpas, pero el ruido del vagón al ir frenando conforme se acercaba a ellos hizo que ni él mismo pudiese oír lo que decía. Entonces se subió al tranvía, buscó un asiento que estuviese próximo a la compuerta y comprobó la hora.

A su alrededor, otros dos hombres leían libros envueltos en papel.

Esta vez, sin dibujos a la vista.

* * *

El Ministro de Comunicaciones y Letras, conocido por todos como El Editor gracias a los esfuerzos de la prensa, dejó caer el ejemplar sobre la mesa e inconscientemente se restregó las palmas de las manos contra el pantalón.

—Aquí está el problema —escupió entre dientes—. Esta cosa va a acabar con todos nosotros.

Felipe recogió el librito, tan fino que a duras penas podría considerarse una novela. Se sorprendió al ver que, en la portada, un dedo metálico disparaba un rayo naranja contra la Tierra.

Sobre la ilustración estaba el título de la obra: "El Robot Psíquico del Doctor Espacio".

—¿Qué te parece? —preguntó El Editor, expectante.

—No soy muy dado a esta clase de lecturas... Ciencia ficción, digo —Al ver que sus palabras no le satisfacían, añadió—: Soy más de novela negra, ¿Sabe? Detectives y esas cosas.

—¡Y a mí qué me importa! —gritó—. ¿Pero qué más? ¿De verdad no ves nada raro?

—El Sello parece bueno.

Felipe señaló el círculo dorado de la contraportada donde una V negra y blanca, los colores del ministerio, refulgía bajo la luz de la lámpara. Era la V de Válido. La V de Verificado para su consumo.

El ministro lanzó un bufido.

—Ábrelo al azar y lee en voz alta.

Sin hacer preguntas, eligió una de las páginas centrales.

—"Su brazo grande y fuerte se cerró en torno a la cintura de la joven al tiempo que apuntaba con su Propulsor de Rayos a la cabeza del Robot. 'Cariño', dijo entonces, 'por cada arañazo de tu cuerpo te juro que le haré un boquete del tamaño de mi puño'. Entonces la soltó y abrió fuego".

Las últimas palabras no fueron más que ininteligibles murmullos en la boca de Felipe. La impresión le impedía continuar.

—Pero… Pero... ¡Es horrible! —farfulló.

El Editor recibió sus palabras con un gesto de triunfo.

—¡Se lo dije! Y horrible se queda corto: Es una abominación.

—¿Es de verdad?

—Totalmente. Sale mañana, así que si quiere un ejemplar solo tiene que ir a su librería más cercana.

Felipe seguía pasando las páginas, leyendo al vuelo algunas frases sueltas, incapaz de creer lo que veían sus ojos.

—Alguien se ha saltado el procedimiento —afirmó—. Qualiorama...

—Ya lo he investigado. Todos los canales oficiales cubiertos. No ha sido intencionado ni tampoco producto de la incompetencia humana —El Editor sonrió con amargura—. Su bebé ha dado el visto bueno ayer por la mañana.

—Supongo —respondió Felipe no muy convencido— que los caminos de Qualiorama son inescrutables.

—¡Eso no se lo cree ni usted! —saltó el ministro—. ¿Descartar "Aquí yace el Wub" y aprobar "El Robot nosequé del Doctor Espanto"? ¡Vamos, hombre!

—¿Entonces qué sugiere? ¿Que somos nosotros los que no sabemos apreciar la belleza intrínseca de esta obra?

El tono irónico del Doctor hizo que el ministro se levantase de un salto de su silla.

—Se cree muy listo, ¿verdad? ¡Venga conmigo y se lo mostraré!

En cuanto bajaron al sótano y se vio una vez más ante la doble puerta de la máquina, Felipe no pudo evitar sentir un hormigueo en el estómago. El soldado encargado de la vigilancia se puso en pie e hizo una reverencia que el ministro ignoró por completo.

—¿Cuánto tiempo desde la última vez? —preguntó El Editor mientras pasaba la tarjeta de acceso por la ranura.

—Cinco años.

—¡Vaya! Pues entonces salude.

Y dicho esto ambos accedieron a la primera de las tres cámaras que formaban el corazón de Qualiorama. Una docena de chasquidos les dieron la bienvenida. Los paneles del techo se iluminaron.

—Idéntica a la que usted y el Doctor Estrada diseñaron en Cuvier —anunció El Editor.

La disposición de los relés y tableros era tal que solo podían moverse por las plataformas construidas a tal efecto. Anduvieron hasta la pared del fondo, donde se alineaban varios abrigos sintéticos de color blanco, y nada más ponérselos las punzadas

causadas por el frío remitieron.

—¿Cuál es esta? —preguntó Felipe.

—Poesía. Nosotros queríamos Ensayo en primer lugar, pero eso hubiera significado modificar los planos originales...

—Al Doctor Estrada le encanta la poesía —explicó Felipe. Acababa de meter la cabeza entre dos rodillos y se deleitaba viendo cómo vibraban las fibras a su alrededor.

—El problema no es generalizado. Hemos hecho los mismos experimentos en las tres salas y solo Novela se ha mostrado ineficaz.

—Entiendo.

Sin necesidad de dirigirle, el Doctor pasó de un módulo a otro a través de una de las portezuelas laterales. El ministro llegó algo después: La lividez de sus manos indicaba que había hecho todo el trayecto sujeto a la baranda. Tenía vértigo.

A diferencia de Poesía, en Novela los apliques despedían luz azul. Felipe se volvió hacia su acompañante con las cejas arqueadas.

—Es por los periodistas —respondió el ministro—. Hoy en día la opinión pública parece estar formada por niños: ¡Se vuelven locos con los colores!

—Pues vaya —Se detuvo en mitad de la sala y miró a su alrededor antes de continuar—: Le agradezco el reencuentro pero, ¿Me puede decir ya qué es lo que quería enseñarme?

—Está justo aquí.

El Editor le tomó la delantera y cruzó hasta una pasarela en la que habían instalado una mesa y dos sillas. Detrás estaba la terminal que servía de contacto con la máquina. A petición suya, Felipe la encendió y accedió al procesador de textos.

—Escriba lo que quiera —le instó El Editor.

—¿Cualquier cosa?

—Que sea pésima.

Felipe se lo pensó un instante y a continuación tecleó algo en la pantalla.

—¿Es lo suficientemente pésimo?

El ministro echó un vistazo y asintió. La pantalla se puso en blanco. Ambos sintieron un aumento de las vibraciones bajo sus pies.

—¡Listo! Evaluación completada.

Ambos se inclinaron sobre la terminal.

—Increíble —Felipe pegó el dedo al cristal, boquiabierto—. ¡Ha pasado la prueba!

—Y así con medio centenar de textos, los más horribles que puedas imaginarte. Pero ese no es el único problema.

—¿Hay más?

—Ve a la base de datos y carga en su sistema un libro ya aprobado.

Felipe repitió el proceso y esperó la respuesta de Qualiorama. Un cartel emergió ante ellos: Suspenso. Requerida su prohibición inmediata.

El ministro lanzó una mirada de reproche al Doctor cuando este soltó una carcajada nerviosa.

—¿No se da cuenta de la gravedad de la situación? Si la dejamos actuar, solo saldrán al mercado cosas como las que le he enseñado antes. Sufriríamos una debacle cultural.

—Hay que desconectarla de inmediato —Anunció, repentinamente serio, el Doctor—. Empezaré revisando los sistemas de flujo de datos y después...

—Tiene dos días —le cortó. Aquello fue como un jarro de agua fría en la cabeza del científico.

—¡Dos días! ¡¿Pero cómo que dos días?!

El ministro, a pesar de tener fama de hombre estricto, no pudo evitar sentir vergüenza ante la mirada fulminante de Felipe.

—Lo siento.

—¡Pero es imposible! Tardaré semanas solo en localizar la causa.

El Editor meneó la cabeza. Miró a su alrededor antes de hablar para asegurarse de que seguían solos.

—En dos días renovamos por diez años más el contrato con Qualiorama.

—Pues retrásenlo —respondió Felipe.

—Eso no es posible. Imagínese, ¿Después de tan solo dos años de prueba? ¿Y

con toda la publicidad que ha dado el gobierno al proyecto? ¡Seríamos el hazmerreír del mundo entero!

El Doctor se encogió de hombros.

—No importa, porque lo que me pide es una locura. Bucear en su código es como llegar a Marte, ¿Sabe? Requiere su tiempo.

—Quizá no sea tan sutil como un fallo de programación —sugirió el ministro, desesperado por despertar en los ojos del Doctor otro sentimiento distinto al de la resignación y el enfado—. Un fallo a dos días de la votación es demasiada casualidad. Mis hombres están investigando varias posibilidades, sabotaje incluido.

—¿La oposición? —preguntó Felipe.

—¡Quién sabe! Competidores comerciales, luditas, terroristas, libertarios... ¡La lista es increíblemente larga!

Felipe se recostó en la silla. Al tener ruedas, esta se desplazó hacia atrás, lo que le permitió mirar por encima de las torres de datos, hacia los millones de microplacas que cubrían las paredes.

—No le prometo nada.

Una sonrisa afloró a los labios del ministro.

—Tiene todos nuestros recursos a su disposición... ¡Pídame cualquier cosa que necesite!

El Doctor fingió pensárselo.

—Entonces —respondió mientras giraba la silla para poder encararse con su interlocutor—, ¿Eso significa que esta vez el gobierno me pagará las horas extra?

* * *

Desde la ventana podía verse el antiguo cauce del río donde infinidad de malas hierbas poblaban su cieno. Le flanqueaban unos cuantos chopos raquíticos, de apariencia enfermiza, que día tras día eran azotados sin piedad por el viento. Podían verse las hojas cayendo una a una sobre los bancos, cubriendo la tierra del sendero, pudriéndose al Sol.

Rodeadas por un erial de grietas negras y raíces convertidas en polvo.

Felipe dio un sorbo a la taza antes de colocarla junto a las otras en el alféizar. El café estaba ya frío, pero no se dio cuenta. Su mente seguía allí abajo, en el sótano, bañada por el azul de los focos, y tan solo parecía volver cuando los ojos se le cerraban y se golpeaba con la frente en el cristal: Entonces volvía en sí, daba una vuelta por el área de descanso, miraba por la ventana y se repetía una y mil veces su mantra personal.

"No te duermas. No te duermas. No te duermas."

Tan efectivo como la cafeína, y mucho más barato.

Antes de darse cuenta llegó la tarde y con ella las hordas de hombres y mujeres que cada día tenían que caminar a la sombra del ministerio para volver a casa. La mayoría eran obreros (las manchas en la cara y las manos les delataban), pero también había algunos oficinistas y funcionarios entre sus filas. Todos sin excepción provenían de las Plantas de Procesado desde donde más de un centenar de chimeneas todavía escupían densas columnas de humo al cielo.

No pasó mucho tiempo antes de que uno de ellos llamara de inmediato su atención. En concreto, no pudo dejar de fijarse en lo que llevaba entre las manos.

Un libro.

Y lo feo de su encuadernación no dejaba lugar a dudas: Tenía la tapa cubierta con papel de periódico. De forma ilógica, el hecho de que cada vez hubiese más libros así forrados le perturbaba. No podía evitarlo. Hacía un mes no se podía ver ni uno, y ahora se contaban por docenas... ¿Pero qué se le escapaba? ¿Qué era lo que hacía a tanta gente en un periodo tan corto de tiempo adoptar la misma costumbre?

Sin avisar a nadie salió a la calle, justo a tiempo para ver cómo aquel hombre dejaba el descampado a sus espaldas y se dirigía completamente solo hacia los edificios grises del fondo. Mientras le seguía intentaba pensar en una estrategia, algo para intimidarle, pero al ver que ya sacaba las llaves y se acercaba a uno de los portales primó su instinto y de golpe le gritó que se detuviese.

—¡¿Y quién demonios eres tú?! —preguntó él dándose la vuelta. Con sus músculos en tensión y el sudor corriéndole

por el cuello parecía estar a punto de abalanzarse sobre su perseguidor.

—Necesito confiscar ese libro.

El hombre abrió mucho los ojos. Dejó que el macuto resbalase desde su hombro hasta el suelo y avanzó hacia él.

—¡Ni en broma! ¿Es que acaba de salir de un manicomio o qué?

Felipe rebuscó en sus bolsillos hasta encontrar lo que buscaba. Al ver el pase oficial del ministerio, una sombra de miedo cruzó por delante de sus ojos.

—Soy ayudante especial del Ministro de Comunicaciones y Letras y le exijo que me dé el libro —Nunca había amenazado a nadie, por lo que dudó antes de continuar—: Sé dónde vive. Si no colabora, el próximo que se lo pida será un agente de policía.

La respuesta fue inmediata. Siempre lo era cuando se mencionaba a la policía.

—Si se lo doy, ¿Me dejará marchar?

Felipe asintió.

El obrero no dijo nada más. Se limitó a dejar el libro en el suelo y acto seguido entró a toda prisa en el edificio.

El Doctor, sin creerse todavía que su plan hubiese funcionado, cogió el tomo y se ocultó en una de las sombras que empezaba a traer consigo la noche.

Lo abrió y leyó el título.

"El planeta de los fantasmas". No le sonaba de nada.

Tiró del celo que unía el papel a la tapa y de golpe este cayó al suelo. Tras él, la portada mostraba un fantasma clásico, de sábana blanca y contornos difuminados, erguido en mitad de un desierto. Sin el nombre del autor por ninguna parte.

Tampoco tenía Sello. En su lugar habían puesto una estampa de color rojo con las palabras "Ocultar a la vista de los demás" escritas debajo y, en el centro mismo, la letra lambda mayúscula.

Buscó cualquier dirección, nombre o número de contacto, pero no había nada. Después empezó a leer el comienzo y, antes de llegar al final de la primera frase, se dio cuenta de que, exceptuando estos dos últimos días, nunca hubiera pasado el filtro de Qualiorama.

Lo más probable era que ni lo hubiese intentado.

Ya de camino al ministerio una idea le vino a la mente. Dio la vuelta al libro y volvió a mirar el sello. Ahogó una exclamación: ¡Lo tenía!

* * *

La pantalla que había instalada en los asientos de atrás se iluminó y la cara del taxista apareció ante los ojos de Felipe.

—Señor, no sé cómo lo ha hecho, pero le llaman desde mi línea.

—¿Quién? —preguntó Felipe, incorporándose.

—Ni idea, pero parecen cabreados —el taxista frunció el ceño—. ¿Se los paso?

—Sí, claro —respondió sin mucha convicción.

—Como quiera, pero esto se lo voy a cobrar luego.

La pantalla vibró y se cubrió de estática. Para cuando hubo vuelto la señal, el taxista había sido sustituido por los ojos del ministro. De fondo podía verse la cabecera de una cama.

—¡Pero dónde estás! —gritó.

—Verá, yo...

—¡Vuelva ahora mismo o le acuso de traición!

—No —se limitó a decir Felipe.

—¡¿Cómo que no?!

El coche cogió un bache y el Doctor saltó en su sitio. Por la ventanilla las abigarradas torres del Centro dieron paso al bosque y a los campos de cultivo.

—Creo que he encontrado al culpable.

La enorme boca de El Editor se cerró de tal forma que Felipe pudo escuchar a través de los altavoces el entrechocar de sus dientes.

—¡Es una broma!... ¿Pero quién es?

—Eso no tiene importancia. Lo que necesito ahora es algo de tiempo, y cuando le llame su problema se habrá resuelto.

—¿Cuánto tiempo? —Podía ver

claramente el debate interno del ministro entre seguir gritándole o, por el contrario, bajar la voz para que nadie les escuchase.

—Una hora. Hora y media como mucho.

—La votación es a primera hora de la mañana.

Felipe asintió, comprensivo.

—No se preocupe. Le llamaré.

Y antes de tener que dar más explicaciones apagó el televisor. Bajó unos centímetros la ventanilla. Hacía frío. Olía a excrementos.

A lo lejos, iluminando las tinieblas como un grupo de luciérnagas en formación de ataque, las ventanas de una casa emergieron de la nada y poco a poco fueron acercándose.

* * *

Un coro de grillos le dio la bienvenida nada más abrir la puerta del taxi. Los focos de la entrada iluminaban con luz tenue el sendero de grava.

Llamó y el intercomunicador respondió con un zumbido.

—¿Sí?

—Daniel, soy yo.

No hubo respuesta. En lugar de eso las cortinas del piso de arriba se agitaron y la cara del Doctor Estrada apareció tras el cristal. No sonreía.

Al abrirle la puerta, ambos dudaron antes de estrecharse la mano. Seguía igual que siempre, un anciano pequeño, gris, de nariz roma y cubierto de lunares. Tan vivo por dentro como débil y agrietado por fuera.

Daniel fingió alegrarse y le dio unas palmadas en la espalda.

—¡Pero pasa, hombre! —exclamó—. ¡Pasa que hay lobos por esta zona!

Felipe entró al salón, una sala diáfana con las paredes de cristal y apenas tres o cuatro muebles diseminados por su superficie. Una balaustrada próxima al techo dejaba entrever las puertas del piso de arriba.

—Siempre me ha encantado esta casa —reconoció Felipe.

—Un sitio perfecto para pensar... ¿Vino? ¿Jerez?

—Cerveza

Estrada salió un momento y volvió con un par de cervezas en la mano. Le tendió una y se sentó a su lado en el sofá.

—Cinco años desde la última vez —suspiró el anciano.

—No acabamos muy bien, ¿Verdad?

Estrada meneó la cabeza. Seguía sonriendo, pero su mirada se había endurecido.

—¿Y a qué debo este honor? —preguntó—. ¿Vienes a recordar viejos tiempos o qué?

Se escuchó un chapoteo. Felipe dirigió su atención hacia la espuma encerrada tras la botella: Le temblaban las manos.

—¿No echas de menos Qualiorama? —preguntó en voz baja.

—Ya sabes qué... —empezó a protestar Estrada.

—Lo sé, lo sé. Pero no me digas que en el fondo no te sientes orgulloso. Mañana hacemos historia.

—Creí que ya la habíamos hecho.

Felipe se bebió la mitad de la cerveza antes de atreverse a levantar la vista hacia el otro gran fundador del proyecto.

—Ayer estuve trabajando en el modelo final.

—¿Has estado en el ministerio?

—Se han producido algunos problemas con los algoritmos base de calidad —explicó.

—¡Ja! —el Doctor Estrada alzó la botella—. ¡Brindo por eso!

Felipe no hizo un solo movimiento.

—Bueno —continuó el anciano—, así que es por eso. Necesitas mi ayuda... Después de mi declaración ante la prensa deberías saber que por nada en el mundo movería un dedo por ese engendro —Hizo una pausa—. Nos lo han pervertido, amigo mío.

—¿El qué han pervertido?

—Nuestro mensaje. Lo que buscábamos. ¿Es que no lo ves?

Felipe cogió aire y lo soltó lentamente por la boca. Estaba cansado de discutir lo

mismo, una y otra vez, a sabiendas de que ninguno de los dos iba a ceder un ápice en su postura, y así se lo dijo.

—Como quieras —musitó Estrada, y desvió la mirada hacia otro lado.

Felipe aprovechó el silencio que se hizo después para sacarse el libro del bolsillo y dejarlo con suavidad sobre el cristal de la mesa.

—Vengo por esto —Se limitó a decir cuando el anciano se puso las gafas que le colgaban del cuello y se inclinó sobre la portada.

—Ya veo.

Parecía sereno.

—El Sello de la contraportada. Lo diseñaste tú, ¿No es cierto? —Estrada no respondió—. Al verlo recordé lo que decías siempre en el laboratorio, ¿Te acuerdas? Te entusiasmaste con ese documental sobre el satanismo y decidiste que los informes divergentes había que ponerlos del revés, al igual que los diseños que presentaban algún problema de implementación —Una sonrisa inconsciente afloró a sus labios—. Una vez llegué y estabas bocabajo en el sofá, como los murciélagos, gritando que todas tus ideas estaban contaminadas y debías marcarte como científico defectuoso.

Estrada chasqueó la lengua.

—¿Y eso que tiene que ver?

—El Sello es la letra lambda. En sí no tiene sentido, pero si le das la vuelta... ¿Qué tenemos? ¡Una V, V de Válido! ¿Qué mejor broma que esa para tu floreciente editorial ilegal? Y teniendo en cuenta que tú eres, con diferencia, el mayor detractor de Qualiorama, todo encaja a la perfección...

Estrada se puso en pie con tal brusquedad que casi tiró la mesa y el libro con él.

—¿Pero de qué me hablas? ¡¿El qué encaja?!

—El sabotaje. A partir de mañana ningún escritor que se precie de serlo podría pasar los controles de calidad y las editoriales oficiales no tardarán en caer. ¡Entonces proliferará el mercado negro, gente como tú, publicando lo que sea y a quien sea!

—¡Y la Literatura será libre una vez más! —aulló Daniel de improviso. Los ojos muy abiertos y la boca desencajada de la excitación.

—Entonces no lo niegas.

—Estaría insultando tu inteligencia si lo hiciera, ¿No? —preguntó el Doctor Estrada con una sonrisa. Se encogió de hombros—. Pero voy a tener que desilusionarte: Estás equivocado. La editorial es mía, eso te lo concedo, pero... ese problema del que me hablas en Qualiorama... para mí solo ha sido un golpe de suerte.

—Mientes.

—Ojalá hubiera sido yo, de verdad —Le enseñó los dientes—. Sea quien sea el que buscáis, ¡le aplaudo!

Felipe iba a contestar, pero cambió de idea y a grandes zancadas se dirigió a la puerta de entrada. Salió al porche y escuchó los pasos de Estrada detrás.

—Para cuando venga la policía, yo ya me habré ido —le advirtió.

Sin volverse, Felipe recorrió la distancia que le separaba del taxi. Se subió a él y activó la pantalla del conductor.

—Arranca y ponme con el ministerio —le ordenó.

El coche cobró vida. La casa quedó atrás. El anciano doctor, de pie en su jardín, le siguió con la vista hasta que hubo desaparecido. Después subió a su dormitorio y sacó la maleta del armario.

Estaba amaneciendo.

* * *

A las diez de la mañana, la nueva Ley de Protección de la Calidad Artística y Cultural fue aprobada y El Editor compareció ante las cámaras para dar una rueda de prensa.

Felipe, a horcajadas sobre uno de los terminales que acababa de destripar, fue el único funcionario del ministerio que no subió a verlo.

Tenía que encontrar el fallo.

Debía hacerlo.

Puede que tardara meses, o años, pero finalmente vencería...

¡Vencería!

EPÍLOGO

A Ramón le encantaban las historias del espacio. Los marcianos. Los viajes en el tiempo. Las guerras nucleares entre potencias intergalácticas. Pero lo que más le interesaba, lo que de verdad lograba quitarle el sueño, eran los relatos de robots. Aquellos en los que se hablaba de su funcionamiento interno, de los pros y los contras de la Inteligencia Artificial.

Eran su pasión.

Algo parecido le sucedía en la vida real. De pequeño su padre, consciente del talento de su hijo, le regaló una tostadora estropeada y este, en lugar de repararla, la modificó con piezas del taller para que enfriase en lugar de calentar. Entonces había visto la mirada de satisfacción de su padre y se había prometido a sí mismo que eso sería lo que iba a hacer el resto de su existencia.

Aquello había sido antes de que el ejército sacase su nombre en un estúpido concurso para formar parte del ejército regular. Desde entonces su frustración solo se había visto liberada una vez, cuando un pequeño error del sistema le permitió acceder a la primera de las tres cámaras que vigilaba. El zumbido, la vibración, la estática de los puntos Omega: Todos ellos le susurraban, le llamaban. Con voz sensual le exigían que les hiciese cosas con las manos.

Y él las hacía porque era el mejor. El más sutil.

Solo pudo estar dentro de ella veinte minutos, pero fue suficiente para hacerla suya. Suya por siempre.

Había logrado domar a Qualiorama.

Un embebedor alienado

Enrique Franco

Jun abrió los ojos y se encontró en una habitación blanca, un hospital.

—Buenos días señor Formica, disculpe la demora, estamos con muchos pacientes este mes —le dijo el hombre de guardapolvo que entraba por la puerta—. Yo soy el Dr. Edwards, y estoy encargado de su rehabilitación. Quizás sienta un poco de mareo y dolor de cabeza, pero déjeme decirle que es completamente normal en las reanimaciones hipocámpicas.

—¿Dónde estoy? —dijo Jun Formica intentando levantarse de la cama—. ¿Reanimaciones?

—Se encuentra en CEACOR, Centro de Almacenamiento de Conciencias y Recuerdos —esta vez hablaba un hombre de camisa, Joseph Braun, que seguía al doctor—. Usted ha despertado según el protocolo de reanimación 410/IV-b, referente a la Reanimación Automática debida a Deceso del Cliente.

Jun miraba desorientado. Era mucha información para un día en el que, según él apreciaba, estaba como si se hubiese emborrachado la noche anterior. Trató de recordar lo que hizo antes de llegar al edificio, le costó, pero luego todo fluyó naturalmente.

—Lo último que recuerdo es que vine a hacer un almacenamiento, por precaución. En la editorial me lo solicitaron.

—Perfecto. Ya comienza a hacer memoria —terció el doctor, satisfecho—. Usted padece la llamada amnesia reanimatoria. Trate de recordar, en su "ayer mental", cómo cuando usted firmó el contrato en la oficina, se le informó de las secuelas de la reanimación.

—Generalmente en estos casos de… —Joseph dudó por medio segundo— deceso, no realizamos ningún tipo de reanimación.

—¿Qué sucedió? —Se apoyó en el respaldo de la cama asustado—. ¿Qué me pasó?

—Usted se suicidó. Y estuvimos cerca de cancelar su reanimación por ello. No sería grato para nadie, y menos para usted, suicidarse y luego volver a la vida. Sería un castigo. Pero la detección en los análisis de un tipo de enfermedad o trastorno en su mente ha hecho replantearnos el caso.

Jun trató de recordar, de confirmar si lo que estos dos hombres que jamás había visto en su vida le decían la verdad. Obviamente no pudo, por el simple hecho de que esos sucesos no estaban almacenados en la conciencia guardada en CEACOR, porque ocurrieron después de efectuar la copia de seguridad. El suicidio había ocurrido hace tres días, y la copia hacía cinco años.

El doctor Edwards y el actualizador de conciencias Braun comenzaron a explicarle los sucesos más importantes ocurridos durante esos cinco años, referidos a su familia, trabajo, y todo el ámbito global.

—¿Me quedé sin empleo?

—Comenzó un gran proyecto, una especie de sueño pendiente.

—Una novela…

—Exactamente. —Braun abrió un cajón de la mesa de luz de la cama y tomó un libro de grandes dimensiones—. Aquí está.

Ansioso, Jun abrió la tapa y trató de leer la primera página.

—No entiendo nada de lo que dice. —Miró desorientado a Jun— ¿No lo codifiqué? ¿En qué idioma está escrito?

—En andródico. —Jun miró aún más desorientado—. Ahora le explico. El andródico es el idioma oficial de ULA, la Unión Laica Andródica, un estado con reconocimiento limitado, en conflicto con la mayor parte de las Naciones Unidas. Hace tres años la nación robótica organizó una independencia a nivel global, creando su propio estado. Se establecieron en una enorme plataforma en alta mar, más precisamente al este de la sumergida isla del Japón. Esto generó muchas implicancias. Toda la inteligencia artificial del planeta, aquella gran superinteligencia colectiva, fue desconectada y trasladada a Andródica. Los países desarrollados han comenzado a crear un sistema de red de inteligencia global aparte, separada de la Andródica, aunque esto todavía está en discusión. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que esta segunda oleada de inteligencia artificial tomara el mismo accionar que ULA? Nadie lo sabe, o todos tienen miedo de opinar. Las herramientas inteligentes, aquellas por la que los humanos han logrado sus más altas metas, lamentablemente ya no están disponibles.

Unos segundos pasaron sin que nadie dijera nada, Jun trataba de codificar toda la información nueva.

—¿Y cómo lo escribí?

—Simple… —Braun trató de corregir lo que dijo—. Bueno no simple, estuvo cerca de dos o más años escribiendo, dejó su trabajo y también creemos que la obsesión por completar su ópera Magna, pudo haber influido en el desarrollo de su enfermedad. La verdad es que usted, hasta hace tres días, era el mayor erudito no robot en andródico, no sólo en su idioma sino en toda su nueva y creciente cultura. Aunque hoy, a diferencia de hace tres días, el "ayer real", no el que se encuentra en su mente, es 100% humano.

—El señor Braun quiere decir que usted, señor Formica —dijo el doctor—, no posee ninguno de los implantes cibernéticos de información, ni anteriores al almacenamiento de su mente ni donde almacenaba aquel idioma colosal. Sólo recuperamos su conciencia.

—Entiendo. —Jun se tocó el cráneo, lugar donde solía tener sus implantes— ¿A qué se refiere con idioma colosal? Quiero leer mi propio libro.

—Si, es entendible. A ver cómo le explico… Todos los idiomas actuales, tienen cierta cantidad de palabras, algunos tienen miles de palabras más, algunos tienen miles de palabras menos. El idioma andródico tiene cientos de miles de palabras más que el idioma que estamos usando para hablar en este momento. Millones de palabras y millones de caracteres.

—Tantas, que es casi imposible que un cerebro humano sin implantes cibernéticos pueda aprenderlo por completo —comentó el doctor—. Esto es lo que creemos que alimentó su obsesión por los chips y códigos de información.

Jun escuchaba mientras pasaba las miles

de hojas de su obra de arte, su sueño cumplido en sus manos.

—Con mayor cantidad de palabras, mejor se puede expresar un sentimiento, describir una acción, o un momento… Me imagino con millones de palabras lo que se puede llegar a producir. ¿Cómo puedo hacer para leerlo? ¿Necesitaría nuevamente implantes?

—Le recomendamos profundamente que se abstenga. —El doctor se acercó al respaldo de la cama con cara de seriedad—. Es posible que esos paquetes de datos hayan sido lo que generaron la obsesión y posterior enfermedad mental que derivó en su suicidio, aunque aún no estamos completamente seguros de ello.

—¿Ahora me volveré loco de nuevo? ¿Qué otra causa puede tener? Nunca se me cruzó por la mente suicidarme en toda mi vida.

—Eso no lo sabemos. Puede haberse debido, quizás, al poco éxito de su obra, pero nuevamente, no podemos estar seguros.

Una cara de sorpresa y tristeza se alojó en las facciones de Jun.

—Déjeme explicarle. En este nuevo mundo bipolar, la literatura o arte andródico no existe. Los androides erradicaron el arte por completo en su país, y los humanos detestan todo lo correspondiente a los robots.

—Y de todas formas, están imposibilitados para comprenderlo siquiera —comprendió Jun—. Los únicos capaces son los mitad robots, los cíborgs.

Jun Formica sentía que había despertado de una larga noche, y de la nada, ahora tenía su mayor sueño entre sus manos. Pero aun así algo perturbaba su mente, la posibilidad de perder la cordura antes de comprender su propia obra.

Tenía algunos meses para poder, si es que la locura era inevitable, leer y apreciar su novela. Ahora era su única meta.

—Por favor amor, deja ese maldito libro y enfócate en mí, en tu trabajo —su esposa le decía—, el señor Guiver fue lo suficientemente amable y empático en tomarte de nuevo en la editorial. Ese maldito libro te volverá loco de nuevo.

Pero Jun ya no oía.

Él mismo lo había dicho, en un mundo como el que habita actualmente, solo un cíborg podría ayudarlo a comprender el idioma andródico. Jun tuvo que recuperar viejos contactos, y además, recuperar los nuevos contactos hechos durante los cinco años posteriores al almacenamiento de conciencia.

Con el correr del tiempo Jun comprendió que el mundo había cambiado más de lo que su actualizador le había contado.

Muchos de los cíborgs "prorrobots" que él conocía habían muerto, desaparecido, e incluso uno de ellos se había suicidado de manera similar a la suya. Buscó y contactó a la mente reanimada de su amigo para saber si había leído su libro, pero simplemente no lo recordaba. Su almacenamiento había sido anterior a cualquier libro del que tuviera noticia, y él tampoco tenía el idioma incorporado, al igual que Jun.

El tiempo seguía pasando, y el miedo de la situación y la paranoia ocasionada por una posible locura, afectó la productividad y su salud. Jun recibió una licencia psiquiátrica y le aconsejaron tener su mente en reposo.

Antes de encerrarse en su estudio, Jun se sumergió en los barrios bajos de su metrópolis. Tenía un nombre y un lugar: Tivoka. Subsuelo 4. Calle 87. Local 235.

—¿Qué es lo que buscas? —le dijo Tivoka en su propio almacén ilícito— ¿Cuerpos? Todo el mundo busca cuerpos hoy en día. ¿Implantes? ¿Quieres convertirte en cíborg? ¿Mujeres? ¿Órganos artificiales?

—No, quiero un libro.

—¿Un libro?

—Si, un diccionario, o algo que me ayude a traducir un texto en andródico.

—Ya veo. Un humano interesado en andródico, eso sí que es nuevo. Quizás tenga algo.

El sujeto se fue a la parte de atrás del local y volvió con un libro entre sus manos.

—Tengo el idioma entero en unos gramos de ADN, pero sin los implantes cibernéticos necesarios no podrás descodificarlo ni almacenar la información. Esto es lo único que tengo tangible. —Tivoka

puso el enorme libro en las palmas de Jun—. Es una especie de diccionario andródico, aunque incompleto.

—¿Incompleto?

—Sí, el autor nunca lo terminó. De todas maneras es lo único que encontrarás por aquí. Sabes que si yo no tengo algo, es porque ese algo no existe.

—¿Y el autor quién es? Necesito hablar con él. —Jun miró el libro desconfiado, buscando el nombre del autor. Karl Lupin.

— Un cíborg. —Tivoka señaló el nombre en el ciberpapel—. Su esposa vino a venderme el libro porque necesitaba algo de dinero. Él desapareció hace unos meses. Imposible encontrarlo, ni reanimarlo siquiera, ya sabes que por ética a las personas desaparecidas no se las puede reanimar, no vaya a haber dos hombres iguales caminando por ahí.

Jun se llevó el diccionario para poder traducir su novela; aunque sólo hubiese conseguido una versión no oficial truncada, era lo único que tenía.

Con su salud tanto física como mental algo deteriorada, Jun puso todas sus energías y fuerzas a traducir la obra que él mismo había escrito, pero que era incomprensible a sus ojos. Aún le quedaba un poco menos de un año de cordura.

Con la ayuda de ese diccionario y luego de seis meses, Jun sólo había podido traducir tres páginas del libro, y alguna que otra frase aislada. El título, sin embargo, aún seguía oculto como un secreto. El idioma era demasiado grande, demasiado complejo para comprenderlo por un simple humano.

Las arenas del tiempo seguían su camino inexorable, los días pasaban y Jun, inundado de impotencia, veía su sueño escaparse entre sus manos como una nube.

Jun finalmente decidió arriesgarse. Salió de su hogar luego de diez meses de aislamiento y se hundió nuevamente en presencia de Tivoka, esta vez por algo un poco más caro que un simple libro ilegal. Implantes y códigos.

Los implantes cibernéticos en el mercado negro se podían colocar casi de inmediato, sorteando toda la burocracia que correspondía el pasar de ser un humano a ser un cíborg.

Luego de las seis horas de colocación de neuroimplantes y de la vinculación, Jun estaba conectado. Inmediatamente se enlazó a la red cibernética y descargó los decodificadores necesarios para interpretar el idioma andródico en forma de ADN, tal como había hecho en su anterior cuerpo hacía poco menos de cinco años atrás.

Urgentemente se instaló nuevamente en su estudio y día y noche comenzó a leer su ópera magna.

Mientras pasaban las páginas del libro, éste comenzó a tornarse más oscuro, incluso inconexo en algunas partes. Jun escribió la novela con un posible estado de locura, y hoy en día, cinco años después, quizás la misma locura embargaba su mente.

Su libro comenzaba como novela, pero a lo largo de las miles de páginas la novela se convirtió en una muestra del deterioro mental que Jun sufrió y de unas hipótesis paranoicas que acosaban su mente enferma.

Efectivamente, unos días después su esposa encontró a Jun Formica en su estudio ahorcado con una cuerda.

En su escritorio, al lado de su novela andródica, había escrito:

“Mi libro es un portador, un portador de un secreto esteganográfico, y yo, sin saberlo fui el embebedor. Aún me quedan unas gotas de cordura. Los hombres han esparcido un virus letal por toda la red, que causa demencia e induce al suicidio. Han comenzado una guerra contra los androides y los mismos cíborg que consideran traidores de la raza humana. Yo no puedo hacer más nada, ya no soy yo.”

La vaca

Ismael Rodríguez Laguna

—¿Dice usted que Gut Piik era un buen tipo?

El anciano que se sentaba ante mí asintió con la cabeza mientras acariciaba las orejas de su perro, que estaba tumbado en el suelo.

Aquella declaración era realmente sorprendente. Desde que empezamos a grabar entrevistas para el documental, aquella era la primera persona que elogiaba la valía de Piik como persona. Evidentemente, muchos habían destacado su genialidad como médico anticipado a su tiempo, muy posiblemente avanzado incluso para la época actual. Pero… ¿un buen tipo? ¡Y además, aquello lo estaba diciendo un pirot! Había algo que no estaba entendiendo.

¿Hablaba del mismo Gut Piik? ¿El médico del campo de concentración de Om-dum-kiá? ¿Aquél a quien los soldados del campo entregaban pirots escuálidos para que hiciera con ellos todo tipo de experimentos atroces, incluyendo manipulación genética, amputación y reimplantación de miembros de otros individuos o de animales, manipulación sensorial, trepanaciones en vida, o aceleración y deceleración de los procesos naturales de envejecimiento? Los testigos decían que, cuando los soldados sacaban a rastras a los pirots de su consulta, algunos tras haber estado allí días o semanas, poco quedaba de humanos en ellos. Con frecuencia aparecían rapados y con una línea de puntos cosidos alrededor de todo el cráneo. No podían andar y tenían la mirada perdida. En realidad, ya poco importaba. Al poco de salir de allí, su destino se sumaba al que acababan padeciendo antes o después todos los pirots de campo, hubieran pasado por aquella consulta o no. Pero los que salían de la consulta, ya inútiles para cualquier otra tarea, eran conducidos directamente a la cadena de reciclaje. De aquella cadena, los restos de sus cuerpos salían convertidos en trajes de piel humana, tambores, gelatina, recubrimiento de neumáticos, piensos animales, ajedreces de hueso, ladrillos flexibles y varias cosas más.

¿Hablaba aquel anciano de ese Piik? ¿El mismo que, cuando las tropas enemigas alcanzaron el campo, huyó junto a los demás soldados y, al ser identificado en un bosque cercano, fue apaleado hasta morir por un grupo de prisioneros del campo? ¿El mismo que, según testigos del apaleamiento, estaba siendo transportado en una camilla por dos soldados y pareció quedar en estado de shock cuando la masa enfurecida les alcanzó? ¿El mismo que, al preguntársele si estaba arrepentido de sus actos, se limitó a mirar al suelo?

—Ya le he dicho que le hablo de Gut Piik, el doctor en Om-dum-kiá —respondió el anciano.

Aquello merecía una explicación. Mientras no dejábamos de grabar, el anciano comenzó a contarnos su historia.

Se llamaba Cop Hyrt. Efectivamente, era pirot y fue prisionero de Om-dum-kiá. Cierto día, su extrema debilidad le hizo inútil para trabajar en la cadena de montaje. Entonces los soldados le condujeron a la consulta de Piik.

Cop recordó cómo el propio Piik le subió a una camilla y le inyectó algo. Al poco tiempo perdió el conocimiento.

Cop tuvo entonces extrañísimas y desagradables sensaciones, como si estuviera saliendo de su propio cuerpo. No podía afirmar el momento exacto en el que recuperó el conocimiento ni cuánto tiempo estuvo así, pues su cambio de estado fue lento y gradual. Entre las tinieblas, notó intensos dolores, constantes náuseas, largos picores, y en general confusión sensorial completa. Sólo oía pitidos, sólo sentía fogonazos aleatorios de luz. Su cuerpo se movía compulsivamente, no tenía ningún control sobre él.

No obstante, con el paso de varios días (¿semanas? ¿meses?), su cuerpo fue recuperando el control sobre sí mismo. Empezó a comprender lo que oía y veía. Todo se veía diferente y se oía diferente, pero poco a poco llegó a poner sus sensaciones en su sitio. Su cuerpo se sentía y se veía distinto.

Durante todo aquel proceso, el propio Piik le hablaba frecuentemente. Al principio no le entendía, Cop pensaba que hablaba en otro idioma. No obstante, con el paso del tiempo, se dio cuenta de que le hablaba igual que siempre, sólo que era él el que había sido incapaz de entender su propio idioma.

Un día, Piik puso a Cop ante un espejo. Cop se había convertido en una vaca. Una vaca normal y corriente.

La primera sensación de Cop fue desear morirse allí mismo. Todos los rumores sobre las atrocidades de Piik eran ciertos.

—Déjeme explicarle su transformación, señor Cop —dijo Piik—. He trasplantado su cerebro al cuerpo de una vaca. Con ayuda de unos brazos robóticos muy precisos programados por mí mismo, he conectado todos los nervios que salían de su cerebro con los nervios del cuerpo de la vaca. Los nervios que antes controlaban su brazo derecho ahora controlan su pata delantera derecha. Los nervios ópticos que antes iban a sus ojos ahora van a los ojos a la vaca. Y, bueno, se puede hacer una idea del resto. Por cierto, su cerebro no está en el cráneo de la vaca, está en su caja torácica. Entiéndame, no cabía en el cráneo de una vaca.

En aquel momento, lo único que deseaba Cop era que Piik le rebanase el cuello y que todo acabase pronto.

—Señor Cop —continuó Piik—, he hecho esto para salvarle la vida y para sacarle de este lugar. Jamás podría sacarle de este campo de concentración con vida dentro de su propio cuerpo. Pero sí puedo sacar de aquí una vaca. Lógicamente, los soldados se preguntarán qué ha sido de usted. Para responderles convincentemente a esa pregunta, he implantado el cerebro de la vaca en su antiguo cuerpo. Dentro de un rato lo entregaré a los soldados. Entiendo que ése no es el destino que usted desea para su cuerpo, pero es lo único que puedo hacer para que no sospechen de lo que he hecho. Su antiguo cuerpo no se moverá con mucha soltura controlado por el cerebro de una vaca, pero no se preocupe, nadie espera que sea especialmente hábil tras salir de mi consulta. Lo llevarán directamente a la cadena de reciclaje y allí terminará todo. Mientras tanto, usted y yo tenemos un plan que llevar a cabo.

Piik sacó a Cop a un pequeño prado vallado que había junto al barracón de la consulta. A Cop le costó adaptarse a andar a cuatro patas. En un principio le resultó repugnante la idea de comer hierba, pero

pronto reconoció que le sabía bien.

Unos días después, Piik montó a Cop en un camión. El camión se dirigió a una granja del hermano de Piik, cuya familia había sido ganadera durante varias generaciones.

Pocos días después, Piik llegó a la granja con un cadáver humano. Entonces inyectó algo a Cop y se durmió.

Los días siguientes volvieron a ser terribles para Cop. De nuevo sufrió aquel terrible desconcierto sensorial, de nuevo regresaron los dolores y las convulsiones.

Al terminar aquel largo suplicio debido al nuevo proceso de adaptación neurológica, Piik puso de nuevo a Cop ante un espejo. Ahora su cerebro volvía a estar dentro de un ser humano. Su cuerpo y su rostro no tenían nada que ver con los anteriores, pero Piik se había molestado en que fueran de una edad y complexión similar a las del cuerpo original de Cop.

Cop se quedó a vivir durante un tiempo en aquella granja. Luego se fue.

—¿Sabe que Piik tuvo que intentarlo veintitrés veces antes de perfeccionar la técnica y lograr que le saliera bien? —me dijo Cop entonces, visiblemente emocionado—. Los veintidós tipos anteriores a mí murieron en el proceso. Yo simplemente tuve suerte. Respecto a mis veintidós compañeros… —dijo mientras se echaba las manos a la cabeza— bueno, su destino final iba a ser la cadena en cualquier caso. Al menos tuvieron su oportunidad. Gracias a ellos, yo salí de allí.

—¿Por qué le salvó Piik? —pregunté.

—Simplemente no le gustaba aquello, no le gustaba lo que se hacía en aquel campo. No pidió ese trabajo para aprender experimentando con nosotros, él ya era un genio antes de llegar allí. Lo pidió para salvarnos, para salvar a cuantos más pudiera mejor —dijo Cop con lágrimas en los ojos.

Cop narró que, tras aquel éxito, Piik empezó a aplicar el mismo procedimiento a otros pirots del campo que llegaban a su consulta, al principio unos pocos, luego decenas, y finalmente a centenares de ellos. Todos aquellos cerebros salieron de aquel campo metidos en cuerpos de vacas, mientras sus antiguos cuerpos, gobernados malamente por cerebros de vacas, acababan inmediatamente en la cadena.

Piik se encontró pronto con el problema de que no podría encontrar tantos cuerpos humanos para darles a todos aquellos tipos que, encerrados en cuerpos de vacas, pastaban en la granja de su hermano. Los soldados reclamaban todos los cuerpos (vivos o muertos) de los pirots que pasaban por su consulta para aprovecharlos en la cadena, así que no eran una opción. Lo único que podría hacer Piik era pedir cuerpos en el tanatorio de la ciudad cercana al campo, pero allí nunca podría conseguir cuerpos humanos al mismo ritmo en que se iba poblando aquella granja. Es más, tras conseguir allí el cuerpo que luego usaría para dárselo a Cop, sería difícil hacerse con otro más sin provocar ninguna pregunta. Al fin y al cabo, ¿acaso no obtenía ya suficientes cuerpos para sus investigaciones en el campo de concentración donde trabajaba? ¿Por qué iba a necesitar pedir cuerpos en otro lugar? Así que Piik se resignó a ver cómo el rebaño de vacuno de la granja de su hermano iba teniendo cada vez más cabezas, a la espera de que algún día pudiera salvarlas. El país estaba perdiendo la guerra, así que esperaba que estuviera cerca el día en que pudiera contar su historia y pudiera obtener la ayuda de las (nuevas) autoridades para conseguir cuerpos humanos que darles a sus refugiados. No obstante, dado que las vacas viven mucho menos que los humanos y tienen un mecanismo de envejecimiento mucho más rápido, realizó ciertas operaciones de modificación glandular en el cuerpo de todos sus residentes para modificar su metabolismo y proporcionarles un ritmo de envejecimiento similar al humano, acorde con el de sus cerebros.

Un día, el coronel del campo visitó la granja del hermano de Piik. Dijo que estaba interesado en comprar muchas vacas, pues su familia también se dedicaba a la ganadería, y él mismo deseaba volver a la granja familiar al jubilarse. El hermano de Piik replicó que no estaban en venta. Entonces el coronel insistió mucho.

Era obvio que el coronel había descubierto algo, pero probablemente no tenía pruebas. Piik y su hermano contemplaron las posibilidades disponibles. Si se negaban, el coronel podría llevar a cabo

una investigación más exhaustiva. Entonces él acabaría detenido, todos sus refugiados muertos y no podrían salvar a nadie más. No obstante, si aceptaba, cabía la posibilidad de que todos se salvasen. Sus refugiados simplemente tendrían que actuar como vacas durante el tiempo suficiente como para que acabase la guerra. Sólo tendrían que dejar de escribir con sus torpes pezuñas en la arena para comunicarse unos con otros. Sólo tendrían que hacer cosas normales de vacas. Si no levantaban sospechas, podrían sobrevivir.

Finalmente, la venta se llevó a cabo.

—Lo que Piik nunca sospechó es que… —dijo Cop entre lágrimas— el coronel llevaría todas las vacas al matadero al día siguiente de comprarlas.

No supe qué decir. Me quedé en silencio durante un rato.

—Comprendo —logré decir finalmente—. Y dado que los refugiados de Gut Piik murieron, él no tuvo manera de convencer a nadie de su historia justo al terminar la guerra, así que acabó siendo víctima de una venganza colectiva. Entiendo que todo aquello hubiera resultado muy difícil de explicar, y mucho más ante una turba enfurecida. Ni siquiera existe hoy en día nadie capaz de hacer aquellas cosas, así que tanto más sorprendente hubiera resultado entonces —dije mientras Cop se mostraba pensativo—. No obstante usted, el único superviviente de su plan, podría haberle ayudado intentando respaldar su versión a pesar de parecer inverosímil. Entiendo que aquellos días al terminar la guerra fueron caóticos, pero ¿no intentó ponerse Piik en contacto con usted?

Por primera vez desde que empezó la entrevista, Cop sonrió.

—¡Oh, sí, y finalmente lo logró! ¡Claro que lo logró! —dijo mientras miraba a su perro y le acariciaba.

Mientras lo hacía, el perro no paraba de mirarme muy, muy fijamente.

Las cinco puertas

Javier Martínez Villarroya

Lo llaman Ardid. Es el más inteligente de todos. Ha logrado escapar de mil emboscadas, y se sabe que es un fiel soldado del Ejército de Las Flores. Tiene unos treinta y cuatro, barba de unos días y un cuerpo extremadamente correoso. Su trabajo es la resistencia. Aguantar semanas a base de raíces y agua con potabilizador instantáneo. Cualquier otro cuerpo se doblegaría ante semejante esfuerzo.

De nuevo está al límite. En una avenida de edificios blancos, trata de escapar del alcance de las balas del Ejército de la Corporación Imperio. Se emparra por un primer piso, tensa al máximo su ágil cuerpo, da un salto, y desaparece en un pequeño departamento abandonado. Hace quince años que la Zona de Intercambio está inhabitada oficialmente. Allí pastan gusanos, ratas y, por supuesto, Flores. Los Flores son soldados criados para atacar a Imperio. No saben de familias, de amores ni de posesiones. Sus únicos objetivos son doblegar al enemigo y la autosuficiencia. No soportan haber sido desterrados de sus antiguos hogares por no haberse sindicalizado. De hecho ellos ya no recuerdan todo eso. Son historias que los pocos viejos que conocen les cuentan. Pero estábamos en otra cosa: Ardid.

Ha logrado escaparse del Boulevard de Cristo y alcanzar la plaza Onomia. Allí la tensión es diferente. Las balas no se oyen cerca, pero el ambiente es muy denso. Algunos yonquis sin pasaporte esperan su dosis. Para subsistir sólo necesitan unos pocos vidrios, los suficientes para encontrar la armonía del momento. Uno no los teme por agresivos. Nadie es más listo que un Flores, y nadie está más preparado que un Imperio. Sin embargo, los Vidrios ven cosas diferentes. Nunca usan la realidad virtual, ni equipos de infrarrojos, ni dispositivos de realidad aumentada o celulares integrados al cerebro. Sólo necesitan su dosis para entenderlo todo. Tampoco les preocupa morir esta noche, porque se saben sumergidos en la eternidad.

El sistema cayó hace años. Los estados dejaron de ser funcionales, y las grandes corporaciones fueron las únicas que pudieron hacer frente a las necesidades de sus trabajadores. Desde entonces sólo ellos tienen asegurado el alimento, la educación de sus hijos y la salud de la familia. Crearon grandes ciudades amuralladas, con gran cantidad de bosque a sus alrededores para el bienestar y la paz de sus nuevas grandes familias. Ya nadie habló de naciones, pasaportes o democracia. Ahora, lo fundamental son las corporaciones y las fichas. Y por supuesto, el infinito agradecimiento con que todo empleado trata a su Director y benefactor.

Ardid maldice las fichas, porque sin ellas las ciudades son inaccesibles. Las fronteras están por todos lados. Las empresas se han fortificado en los mejores lugares del planeta y controlan los medios voladores de comunicación. Con ellos se transportan de una base a otra, y de éstas a las plazas secundarias, en donde empleados no cualificados gozan de seguridad y cierta salud a cambio de trabajo en la industria pesada, especialmente la centrada en la guerra. Esta guerra. Desde entonces grupos de insubordinados se quedaron sin tierra: Flores. Agrestes, viven en las zonas interurbanas, recuperando la milenaria tradición de la recolección. Gracias a los últimos artilugios inventados durante la Paz de Bahía, pueden aprovechar lo que antaño se desperdiciaba: raíces, cortezas de árbol, hormigas, perros…

Ardid está en la plaza Onomia, oyendo los disparos cada vez más cerca. Piensa hacia dónde escapar. Dos viejos lo miran. No puede saber qué son: ni Flores, ni Imperio, ni Vidrios… Son viejos, esos extraños que hablan de tiempos diferentes y que casi nadie conoce. Visten harapos entre verdosos y marrones, y sus barbas blancas les otorgan un aspecto insólito. Lucen sombrero y caminan algo encorvados y ocultos tras sus largos mantos. Uno de ellos, el menos alto y delgado, le hace una seña. Ardid responde acercándose. Entonces el viejo se señala y dice "Joshua", y camina hacia un callejón. El otro anciano lo sigue de cerca, Ardid, de lejos. Al final, el callejón se abre en una pequeña plazoleta rodeada por todos lados de una pared de ladrillos granas. Joshua la utiliza de pizarra. Dibuja cinco puertas con las tizas que se saca del bolsillo, tres al frente, una a la izquierda, otra a la derecha. Al instante emergen cinco puertas emplazadas en los garabatos. Ni rastro de los dibujos a tiza. Son cinco portones grandes y aparentemente muy pesados. Al principio a Ardid le parecen de piedra maciza, luego, de metal verde empañado de óxido. Los viejos se quedan mirando a Ardid.

El correoso guerrero sabe que debe escoger. Los abuelos le están ofreciendo la posibilidad de escoger la puerta que quiere abrir. Sin palabras de por medio, Ardid se está comunicando con los dos harapientos. No están usando celulares integrados en el cerebro. Más bien, Ardid se siente como si hubiese consumido vidrios. En ese estado, imaginario o no, debe escoger a dónde ir. Tiene la certeza de que esas puertas son el camino hacia otros mundos. ¿Cómo escoger la buena?

Repentinamente sus cavilaciones son interrumpidas. La atención de Ardid ha sido captada por una bella hembra humana. Tiene mirada perdida, desganada, indudablemente pragmática. No es una hermosura, es una simple mujer, pero al soldado le resulta agradablemente familiar. Le recuerda a su madre, a su hermana, a su prima, a su novia de la Granja de Formación de Flores. Incluso cree recordarla conversando con su amigo Martillo. Evoca una merienda en el bosque, de pan, aceite y queso, instalado en la felicidad reconfortante de pensamientos, palabras y acciones femeninas. Niñas, adolescentes, mujeres, viejas…

Por una vez en su vida Ardid no está pensando en su supervivencia. Convence a la chica, apenas con un gesto y sin utilizar palabras, para que lo siga. Joshua desaparece entretanto por una de las puertas, el otro viejo, por otra. No podían perder tiempo esperando. Cuando Ardid se dispone a abrir una de las puertas se percata de que se ha hecho tarde. Lo que antes fueron portones de piedra ahora son láminas de hojalata. Comienzan a llegar yonquis por todos lados. El tambaleante ambiente sólo puede deberse a dos cosas: o van a repartir la dosis de vidrios o la acaban de repartir y los esqueletos vivos buscan guarida para consumirla. Las cinco puertas invitan a resguardarse tras ellas. Ardid abre la de la derecha, pero inmediatamente sabe que es una trampa. Es un baño sucio y maloliente,

con un viejo drogadicto sentado en el trono. Algo falla. Decide irse por una de las dos puertas que los viejos usaron, asegurar la escapada, urgido por la irritante llegada de intocables, pero teme que al atravesar una puerta su recién conocida compañera desaparezca. Le da la mano y abre la puerta que Joshua traspasó. Aparece otro baño. Abre la del otro viejo. Otro baño. Ni siquiera intenta abrir las otras dos, son trampas.

El cielo está cambiando de color, de azul a un rojizo amarillento y febril. La rubia está esperando, con cara de póquer y pocas ganas de entender. Ardid sabe que acaba de perder la oportunidad de escapar de esta realidad. Cada una de las puertas fue el umbral a un nuevo mundo. No sabe cómo ha llegado a tal conclusión, si por la tensión de la batalla, la mirada de Joshua o, quién sabe, haber consumido unos vidrios que no recuerda. Renuncia a explicarle a la rubia la verdad de su presentimiento. También ella pensaría que está loco. Ya está cansado de no poderse explicar ante las mujeres. Ahora no espera su comprensión, sólo su compañía y relajar sus músculos en sus acogedoras curvas.

Decide que hay que escapar, pero ahora será más difícil, no dejará a su chica. Teme que los yonquis que infestan la plazoleta violen a su chica. El efecto de los vidrios es incontrolable. Piensa recurrir a una artimaña que ya ha usado en otras ocasiones, hacerse pasar por el hijo de un famoso general Imperio que se le parece. Pero no es necesario, nadie se les acerca. Sin embargo, debe pensar algo ante la inminente llegada del ejército que lleva rato oyendo, de un ejército que no es de yonquis. Los ve en la ladera, a unos trescientos metros, pero no distingue si son amigos o enemigos. No reconoce su vestimenta. Piensa que quizás es un nuevo ejército, salido de la nada, pero eso le parece poco racional, y le da más crédito a su intuición. ¿Realmente no escapó de su anterior realidad? Quizás al traspasar la puerta escogida olvidó precisamente ese momento, el del tránsito, para así sumergirse mejor en la nueva situación. Tiene lógica, la chica le ha hecho romper con sus hábitos y pensamientos de monje guerrero. Apostó por ella, y ahora está en su realidad.

Mientras sus pensamientos hacen que el tiempo fluya a velocidades abismales, el ejército ya está a tiro de piedra. Está compuesto por miles de mujeres. Ardid identifica sus formas suaves. Visten pantalones tejanos, top verde y una tela transparente por encima del cuerpo que les da un aire fantasmagórico, aunque probablemente les sirve para protegerse de la radioactividad. Ya están aquí, no hay escapatoria. Comienza a identificar sus rasgos. Son todas iguales, de mirada perdida y pragmática, uno diría que incluso desganada, de cuerpo joven y sano. Son idénticas a su chica. No hay duda, Ardid sabe que escogió el mundo de la rubia. Ha perdido el control, no es autónomo, su mente está invadida de ella. ¿Es un Flor pudriéndose? ¿Cómo pudo dejarse llevar por la comodidad y decidir amar a una mujer de serie? ¿Qué ha pasado? ¿Quién le ha dado vidrios? ¿Será un mensaje telepático de Martillo para evitar la intercepción de los Imperio? ¿Está durmiendo y esto no es más que otra pesadilla? La realidad y el sueño cada vez están más entremezclados, algo que, a pesar de las apariencias, asegura la victoria de los Flores: "los dormidos son los despiertos; los despiertos, los dormidos". Esa máxima retumba en la mente de Ardid aquietando su ánimo en la travesía de la noche. Mucho tiempo le prepararon para aquello, para atravesar oscuridades plenas, para transformar en sueño las situaciones abrumadoras. Entonces, la objetividad desaparece y todo es reversible. Ha empezado su primera verdadera batalla. Ahora, puede decirse, empieza a saber de qué va la historia. Por primera vez, tiene un verdadero problema. Debe reinventarse para salir adelante. Debe reinventarse para escapar de la encarcelada noche sin sombras y orar para que un nuevo sol se alce en el horizonte. Esa es la tarea del héroe.

Rastrillo de lecturas #4

David A. Sigüenza Tortosa

Me acerco a un puesto en el Rastro. Ojeo un montón de libros. Encuentro la portada más sosa que he visto desde que cerré el catecismo allá por 1982: unas letras sobre fondo azul, unas estrellitas y poco más. *Los dioses humanos,* se titula. El autor es un español que no me suena de nada, un tal Alexis de Vilar. Leo la sinopsis que aparece en la portada mismo: "Un nuevo «Mundo feliz» regido por la homosexualidad y el autoritarismo". ¡Guau! Ni me lo pienso: le doy al mercader el euro que pide y me alejo, entusiasmado.

¿Será posible que un español haya escrito un libro "comparable" con "Un mundo feliz"? ¿Y que trate temas de política y sexualidad? Compruebo el envés de las primeras páginas: "1ª edición: abril, 1981". Vaya, suena a que alguien ha tenido un libro controvertido metido en un cajón hasta cerciorarse de que lo de la democracia iba de veras. El 23F le debió de pillar corrigiendo galeradas. Qué susto.

¡Eureka! Nada más empezar la lectura, me tropiezo con algunas escenas de homosexualidad de lo más pornográficas, narradas con fruición. El escenario, la Venecia futura, es descrito con minuciosidad y conocimiento del terreno. El estilo afectado me sugiere algunas hipótesis sobre la autoría, pero la densidad de los pensamientos expresados resulta desconcertante. No sé cómo calificar esta historia que medio se autoparodia y medio filosofa. Y si cupiese otro medio diría que casi corta/pega las guías turísticas de la capital del Véneto y de la isla de Thira (yo la conocía como Santorini o Tera), que también sale.

El hecho de que la historia se desarrolle en los lugares tópicos de las fantasías decadentes de los estetas más rancios me desinfla un poco; pero, conforme avanzo, me doy cuenta de que este libro va en serio. Hay un ser humano detrás de cada palabra, alguien entusiasmado con la posibilidad de decir lo que está diciendo: que si la religión, que si la libertad, que si el sexo, que si la belleza...

Un aspecto desagradable es la pederastia cometida por los sacerdotes y por las élites de la sociedad en la que viven los protagonistas. Este tema forma parte integral de la historia. Todo es bastante confuso con respecto a las edades de los personajes, puesto que en Venecia (la futura) se lleva un excéntrico registro de la edad individual, no muy bien explicado, que además es diferente del de Thira, y no parece ser una preocupación del autor el aclarar cuáles relaciones son pedófilas y cuáles no. El efecto sobre el lector resulta perturbador.

Un libro peculiar. No es una obra maestra, pero se sale de lo común. Tengo curiosidad por saber más sobre su autor...

Otro libro lleno de poesía y entusiasmo es *Sagrada,* de Elia Barceló. En él, el lector descubre poco a poco las intenciones literarias en la sucesión de relatos aparentemente inconexos que Elia consigue hilar (hasta donde es posible) satisfactoriamente.

Parece evidente que la autora se preocupa más por los personajes y sus reacciones a los contextos exóticos en los que viven que por la tecnología, los cachivaches y el drama en general. Elia explora la psicología y el desarrollo de mentes parecidas a las nuestras, encajadas en situaciones fuera de lo presentemente común. Esta es una ciencia ficción diferente y difícil, en ocasiones exigente para el lector que esperaba un rato

de distracción y se encuentra con un texto maduro y elaborado.

Recuerda a algunos grandes autores del género y en la solapa inevitablemente se le compara con otra mujer, Ursula K. LeGuin (¿cuándo las mujeres serán medidas con los hombres?). He de decir que en esta ocasión me parece bastante acertado.

Estos son libros que podrían apreciarse fuera del sótano literario donde se suele encerrar a la Ciencia Ficción. En ambos existe un tema principal con profundidad e interés, aunque el segundo quizás esté mejor escrito (y resulte un poco más aburrido, por algún motivo); en ambos se explora la esencia de la Humanidad mediante el artificio excelente de someterla a experiencias extrañas. ¿Es este el objetivo final de la Ciencia Ficción?

Como una reunión de viejos amigos alrededor de una mesa cubierta de tazas de café y servilletas de papel, Alexis y Elia nos hablan y nos hacen pensar...

En otro orden de propuestas literarias, se encuentra la serie de Edwin C. Tubb sobre su héroe Dumarest. Yo he leído los tres primeros libros y luego algunos números sueltos. Todos me han parecido estupendamente escritos y pensados. Para mi gusto, su calidad es innegable y poco se puede hacer mejor en el ámbito de la space opera: entretenimiento con sorpresas y argumentos imaginativos, siempre elaborados inteligentemente y escritos con la concisión del que tiene los pies en el suelo; un héroe que recuerda a los *hard-boiled detectives* de novela negra o a los cowboys del spaghetti western.

Quien coge una de estas novelas no pretende una lectura pausada y contemplativa; le importa un comino la interpretación por parte del escritor de lo que podrían ser los procesos mentales de unos personajes inventados; se la trae al pairo la historia detallada de la evolución científica y tecnológica de unos alienígenas que, al fin y al cabo, son poco más que humanoides disfrazados; no da un pimiento por las sutilezas motivadoras de unos villanos que están ahí para eso, para ser malos.

Este lector quiere empatía con sus propias preocupaciones, transmutadas en argumentos alucinantes que tienen más que ver con la sociología que con la psicología; quiere un protagonista desvinculado de los poderes fácticos, de la moral y la moralina, de las obligaciones del día a día, de la insatisfacción de las relaciones personales, pero afianzado en el sentido común y la sabiduría de la calle; un héroe comprensible que haga de nuestros defectos su virtud, de nuestros anhelos su lucha, de nuestros sueños su vida.

Como un venerable anciano ciego recitando un romance antiguo de truculentas batallas y cuitas, Edwin nos permite sentarnos a su alrededor e imaginar...

Libros mencionados

Elia Barceló, *Sagrada,* Ediciones B – Nova Ciencia Ficción, 1989.

E. C. Tubb, serie de 33 novelas publicadas entre 1967 y 2008; títulos variados y contenido independiente. En la foto, *Dumarest of Terra #22: The Terra Data,* Daw Books – SF No. 383, 1980.

Alexis de Vilar, *Los dioses humanos,* Bruguera – Cinco Estrellas, 1981.

Un melancólico sabor a futuro

Martín Cuitzeo Domínguez Núñez

Las posibilidades,
indefinida vocación de las mujeres marcianas
declaraciones atómicas que se muerden su
propio rabo
sándwiches devorados por hormigas
eléctricas
neuróticas nebulosas de tinta.

Calcetas de los estíos sin un hotel en Júpiter
cofres donde yacen los viaductos espaciales
bajo los que te besé
trabes abandonadas a la orilla de una playa
cósmica
cosmonautas adolescentes maquillándose en
el desierto de Fobos.

Cafeterías que cabecean a la hora del neón
temblorosas tablets en la mano
vigorosas tetas de cíborgs que se broncean
junto a un mar de metano
historias con un melancólico sabor a futuro.

Odisea a Centauri

Juan Torregrosa Pisonero

Huiste de la Tierra,
y te precipitaste a los cielos.
Mar de estrellas.
Aliento caído sin gravedad

Te convertiste en vagabundo.
Ermitaño de una cueva sin salida.
Ocaso de una raza.
Luz suicida que atraviesa la oscuridad.
No hay futuro
Ni arriba
No hay abajo
Ni pasado
No hay delante
Ni esperanza
No hay pasado
Ni detrás…

Vives en agua derramada de estrellas.
Miras con nostalgia el horizonte de tu cabina,
donde miles de soles te susurran,
labios que titilan al hablar.

Ya no eres padre ni hijo.
Ya no eres hombre ni mujer.
Eres ojos que miran al espacio.
Abismo que te observa sin responder.

No hay llegada
Ni destino
No hay salida
Ni razón
No hay verdades
Ni certezas
No hay mentiras
Ni dolor

Eres odisea de los hombres muertos
Y genes olvidados en el tiempo.
Voz esparcida un campo de estrellas
y polen de la humanidad.

Lo sabes,
Hoy lo has visto
No hay planetas alrededor.
No hay hogar que llorar.
Solo eres tú y tu nave,
Viajando lejos,
.... lejos
Al más allá

Cuando llegue

Ismael Rodríguez Laguna

Salí hace mucho, en mi nave,
tanto que olvidé el destino
cuando todavía lo había.

No sé si estoy solo,
o bien si es el vacío quien lo está,
pero es que aquí sin luz no puedo oír
si alguien me habla al oído.

Sí recuerdo un origen, un hogar,
una estrellita con su planeta,
y yo dando vueltas,
cada vez más lejos,
dibujando espirales
pero sin dejar rastro.

Negro a un lado y negro al otro,
y yo en el centro,
en mi nave,
dando vueltas para poder ver luego,
ya al revés,
negro a un lado y negro al otro.

Hubo un tiempo
en que creí que mi nave iba a un planeta,
como hacían las demás,
cada una con una bandera para clavar al llegar.
Yo guardo la mía, una transparente,
o quizás invisible,
o quizás la mire de canto,
no sé.

Mirando hacia delante,
por un agujerito,
veo un túnel entre el negro,
una estrellita, me digo,
quizás tenga un planeta
para mí,
quizás no haya bandera.

Aterrizo despacito,
no quiero posar el pie sino la mano.
Al alargarla me pregunto
si el planeta estallará
cual pompa de jabón,
salpicando.

Pero la tierra tiembla,
está caliente,
casi quema.

Aquí me quedaré,
tumbado boca abajo
con los brazos abiertos
y los ojos cerrados,
en este sitio,
en mi planeta.

Te seguiré más allá de la nube de Oort

Federico Rivero Scarani

Te seguiré hasta los templos del futuro
Escalaré peldaños de ónix o de cemento
Y entre las lunas de Saturno te hallaré
Suspendida entre las estrellas del firmamento
Se muere entre tus manos con óxido, el corazón,
Húmedo planeta de emociones…
Sin embargo te amaré entre pirámides milenarias
Bajo el cielo enrarecido de Marte
Te desearé como un Ciborg a una flor de baquelita
Mientras que Jápeto brilla a los lejos
Exclamaré: ¡Eros, inspiras tan diversos placeres
Como los extraños cielos de los exoplanetas!
Tus manos de jazmines venusinos rozarán
Mis mejillas quemadas por los soles de Alfa del Centauro
Y en el vergel que flota en el espacio oscuro
Nos amaremos como dos ríos que se juntan
Porque tú y yo, somos un poco como peregrinos errantes
En el desierto marciano, y los sueños, espejismos
Que avivan nuestra sed sin apagarla, pero por ésta
Aún sabemos que estamos con vida…
Manifestaciones sombrías, salvajes, que exhalan
Tus cabellos plateados por el astro me inspiran
A seguir buscándote, princesa, más allá
De los planetas exteriores y de la Nube de Oort.

Un encuentro

Montserrat Martorell

Pelo verde,
ojos miopes,
recién caída de una luna gris y a veces
nostálgica
que nos recuerda que agosto siempre es
agosto
cuando uno mira la Cordillera de los Andes.
Desconocida,
clara,
pequeña también.
Ella toma mi mano y la aprieta y la vuelve a
apretar como si supiera que solo entonces
nuestra vida
nuestra puta vida
queda presa entre estos tres laberintos
mágicos,
escurridizos y
solemnes que a veces queremos creer que son
de nosotros
pero que no son de nadie
porque la tierra no es de nadie
porque la tierra se agrieta y se agrieta y se
rompe por dentro.
Algunos te dirán marciana,
otros que eres inevitablemente rara,
absurda,
lejana, sucia, maldita,
de otro planeta del que ni siquiera sabemos el
nombre
Mas yo sé que ese tú que conforma tu
existencia
No es otra cosa que dos flores negras que
parecen de papel,
que susurran,
que recuerdan,
que me hacen verte así como eres,
así como eres,
así como eres
pétalo de mi pétalo
flor de una flor gastada
mentira rota, polvo y brisa y lluvia.
Eres verde y dormida y cierras los ojos
en un zig zag que envuelve
y que conoces de memoria
porque no eres ni tan pequeña ni tan maldita
cuando uno te mira detrás de ese cielo
sin cielo
que se posa en mi ventana.

A tiempo luz

Mireya Rodríguez

En nuestro tiempo nos juntamos,
reímos y jugamos siendo humanos,
felices contemplando las estrellas,
Las Pléyades, evolucionamos.
A través del tiempo y a años luz,
a viajar aprendimos, nos perdimos
pasando por la nebulosa
justo al sur del cinturón de Orión.
Viajamos juntos, recorrimos la Constelación.
Extraviados, sin regreso, no hay a donde
no se encuentra nuestro norte,
la Tierra ha huido, los años luz la han
consumido.
Y del espacio sideral, como solo un
pensamiento
quedamos, Evolucionamos.

El último de los hombres

Leónida Zaporogo

El Sol de los hombres, menguante,
Había puesto sus miras
En conocidas y antiguas estrellas.
Reinos sin reclamar que eran
Por derecho y en riqueza,
Herméticos y abundantes
Como piedras.

Callaron no solo los pájaros
Viendo la inmolación de toda una estirpe,
Preñada y colmada
De bendiciones y porvenir.
Una brisa que era, que parecía al menos,
Envidiable.

Invierno se lleva con él
A todas nuestras flores.
Hacia las grutas de sus palacios,
Esos que son consagrados
A la primavera de los meses de mayo,
A su primitiva legitimidad.
Pero eran angostos sus pórticos,
Y sus escalinatas enrejadas
Estaban colmadas de remates,
Y filigranas

Emprendieron aquel viaje por segunda vez
A tan célebre santuario de piedra de crisolita,
En donde contemplaban la belleza,
Los reyes dueños de las estrellas.

Inducidos por el ámbar, el opio y el ébano,
Perpetraron desembarcos, raptos y secuestros.
Y una vez diseminados sobre sus
descendientes,
Cubrieron más tarde de lúpulo y azabache
Sus sepulturas y estelas
De difuntos.

Eran oriundos de un Dios
Que en su sobriedad y veracidad,
Se había excedido con ellos.

Sus tesoros, asombrosos y brillantes
A la deriva y fragmentados,
Terminaron por transformarse
En el litoral de las costas,
Alcanzando a muchos astros.

Navegantes conscientes
De sacrificios desfavorables.
Sus restos fueron depositados
Para descansar junto a los metales.
Sobre los que a partir de esos días,
Triste, el cielo precipitó
Valiosos diluvios que besaron
Al último de los hombres

Las confesiones de Perseo

Jesús Antonio Rivera Berumen

I

Navegaré entre astros infinitos:
eterno, atemporal, misterioso...
Seré un horizonte de sucesos
escondido en el cristal de un telescopio;
una estrella lejana en la frontera,
cuyo rumor de energías celestiales,
desate los átomos mortales
que envuelven mi potencia destructora.
¡Cuán reales son estas emociones
cuando toda mi materia es puro polvo!
Navegaré entre galaxias y hoyos negros:
simultáneo, extraño, poderoso.

II

El Universo es igual a mis pupilas:
sin masa que las frene
ni luz que las alumbre enteras.
Se funden en espirales cósmicas
y cierran el sueño de las galaxias
en un abrazo infinito,
cuyo silencio besa los espacios
para detener la muerte
en innumerables olas de tiempo.

III

Cristalinas son las aguas
que murmuran en Caelius.
El río Serëc se desliza
por las caderas del valle.
Las estrellas se asoman
en busca del mensajero
que lleve sus secretos
a la montaña que las encumbra.
¡Persea silvestre,
por fin reconstruyes el nido!
Pues ya son más de cien siglos
que la Tierra no tiene humanos…

IV

En los años de la nueva era,
inmerso en lo profundo de la Nada,
el tiempo me acelera sin descanso.
Pronto destruirán las cenizas
este cuerpo inútil que permanece.
Llevaré conmigo la gravedad
para desintegrarla con los pies.
Para ser deidad que pregona
el mensaje de hombres nuevos.
¡Tan corto mi infinito
y ya estoy envenenado!

V

A bordo de Numînis,
viajo a soles más densos.
¡Muéstrame el brillante Sirio!
Y llegaré al Cinturón de Nerea
para cerrar mis ojos ante la luz;
disolverme en cuantiosa energía.
Seré la última constelación
encerrada en el sueño del astrónomo.

VI

Cubro mis alas con cera
y vuelo espontáneo hasta el fuego
para envolver con papel aluminio
todos los rincones del sol.
Mi aleteo indestructible,
en un escándalo de galaxias,
desprende plumas de titanio
que imitan el fulgor de la luna.

VII

Nebulosas púrpuras cantan
en el universo silencioso.
Sus canciones alzan el vuelo,
derrumban los mitos anclados.
A su alrededor comienza el frío.
Emprenden la odisea
y anuncian el castigo a Prometeo.

VIII

Viajaré a Numeria en un sueño
para dormir sobre el fulgor de los cometas,
desatando tempestades
atadas a mis ojos.
Viajaré a Númen en una ola
para rezar en los templos de Altrustri,
el regreso ancestral
de los dioses anónimos.
¡Surcar Andrómaca
en viajes estelares,
es ver a las Almearas
señalar constelaciones perdidas!

Pandora

Omar Ortiz Ruiz

Pandora se ha vuelto carne,
Pandora me mira y reta directo,
Pandora tiene los ojos como escorpión.

Pandora mírame.

Pandora fundadora de sombras y lahares,
obstruye el tiempo que seduce,
evoca la más tentadora caricia.

Pandora acércate.

Piérdeme en tu leyenda
y conviérteme en apoteósico mito,
eclipsa la nostalgia más solemne,
la tentación más cándida.

Pandora tómame.

Soy mortal y te necesito,
muerde mis ojos,
toca con tu índice las marcas de mi rostro.

Respírame, respírame, respírame.

Pandora atrévete a evocar mi silencio y raspa mi boca.
Pandora intenta quebrar mi sexo y habita en Dios.
Pandora besa despacio mis labios y suicídate en mí.

Pandora evita usar las palabras, estoy a tus pies.

Pandora tócame.

Escucha atenta en la madrugada,
te recuerdo siempre,
recuéstame en tus manos.

Pandora mírame.

Quiebras las distancias que se hacen hiel
y no permiten murmurar a tu lado,
enciende el crucifijo antes de dormir.

Respírame, respírame.

Raspa mi boca,
habita en Dios,
suicídate en mi.
estoy a tus pies.

Pandora el frío aterra
y es perfecto confidente de mi karma,
Pandora niega tu linaje, maldice tu estirpe,
lleva como bandera mi alma que te pertenece,

Pandora adora la calma,
aprende a caminar en tierra,
destruye la caja.

Pandora créame.

Circunda mis labios sin temor a perder tu estigma,
iníciame en el arte de amarte,
márcame con símbolos que permitan
visitar el oráculo y tenderme en el Olimpo.

Respírame.

Pandora sedúceme.

Aprende a dislocar la distancia entre mis labios
y tus piernas,
péndeme en tus pliegues sórdidos,
líame a ser humedad y pandemia.

Pandora crea en mi memoria,
una imagen indestructible que hable de ti
y de tu santidad.

Pandora evoca a Leviatán,
para ser condenados al manjar del Hades y del
pecado,
muéstrate soberana, enséñame a poseerte,
a llamarte mía.

Pandora siente, Pandora quiebra.

De un minuto a otro me posaré de frente,
al finalizar no habrá otra figura que la unión de
ambos
en lino cristalino, en una estela salvaje que
lleve
nuestro nombre a un costado y entonces,
seremos culpables de toda la locura…

Está por quebrar el alba.

Pandora conviérteme en beato,
escupe mi rostro despacio,
de forma bélica me postraré en tu boca
y la arrancaré a pedazos,
haré polvo al mundo,
quebraré todas las leyes,
renunciaré a ser mortal,
nacerá una nueva catástrofe
que llevará mi nombre
y la muerte temerá morir
y al final seremos tú y yo,
un sólo universo,
la partícula inmortal
que no se cansará de pecar
y besar desesperadamente los labios.

Respírame, respírame.

Acid egg

Leonardo Finkelstein

Incandescentes burbujas
reventando verdores
aceite de olivos
colinas italianas
Caravaggio levanta el pulgar
y por él es abducido
en cambio
desde lo alto
bajan dos huevos
uno amarillo
otro naranja
son los ojos
de un ser
de otros mundos
entablamos contacto telepático
me cuenta de su infancia
de su novia
en el lejano Trafalmadore
de La Novena Estrella, más allá
hablamos de arte
 y de sueños intactos
le recito unos poemas
lleno las copas….
jugamos ajedrez
pero entra en pánico
de pronto
al vislumbrar
sobre la mesa
unos panecitos rampantes
—No me ofendas,
cómo te voy a comer
si ya eres mi mejor amigo?
El Arca del Aqueronte

Los arconautas
vamos como hormigas
en un frasco de jalea
nadie lo pasa mal,
El arca lo cruzó todo
y alegre cual ballena blanca
chapoteando
entre tiempos estelares
alada y ligera va

Tudo bem bem bem
ayuda que
en uno de los medios del arca
rebullan pecesitos coloridos
son los deseos satisfechos
de lo que quieras
abunda y sobra
ni siquiera hay que estirar la mano
estallidos por todas partes
la fiesta se mueve
en un zugzuang*
así que puedes estar con todos
y con cada uno
sin perderte nada.

En el arca dejamos de extrañar
porque vienen todos
todos los animales que hemos tenido
todos aquellos a quienes amamos,
incluso aquellos a quienes no amamos más,
en tiempos que les eran mejores.

Vientos divertidos
hinchan las velas del arca
y nos vamos con Donald
Rico Mac Pato y los patitos
a buscar tesoros al Himalaya
o a ganar en las carreras
y de farra con Carlitos Gardel
y los muchachos
a París
y a 1920
y llámalo a Anthony Quinn
que a todos nos cae muy bien.

En el arca
lo que se me canta
es música
jugar a tirarnos tomates con Bach y Picasso
y sobre la alfombra de Aladino
entrar por la ventana de Sophia Loren
y volver con un Borges niño
a pelarle el cerezo
al gallego cabrón
iiiiiiiiiiiiiiijjjjj no nos atrapó
por un peliiiiiiiiiiiiiiiiiiiito
¡Qué risa voy a llorar!
y qué buenas las cerezas…
-¿Eh Georgie?
-¡Sí, Morgie!
Ahora metamos un golazo
que la suerte del Cosmos, zanje
desatando millares de lombrices exultantes
que inseminarán de júbilo
los rostros de las constelaciones
Sagitario y Géminis
son las aceitunas
del carro con ruedas de pizza
tu prima es la anchoíta
¡Arre, árre!

Tranquilos, no hay apuro
El arca deriva
y sin embargo
algo más brillante
que un arpón lanzado
con mano experta
en la otra orilla
a los tripulantes
les acecha.
NO.
No pregunten,
que si lo supiera tampoco lo diría:
Shhhhhhhhhhhhhhhh…
¡Es una sorpresa!
si se ponen aguafiestas
me obligan
a engordar tiburones
y no desatender a las pirañas.

Amor a la distancia en pársecs

Antonio Fabián Núñez Baquero

El beso fue de ojos no de labios
porque allá es muy alto el firmamento
y los senos no afligen a los sabios
aunque sean dos globos de portento.

El tiempo es más largo que pértiga de otoño
y la muchacha te ve desde tan alto
que es inútil pensar en un retoño
si te llena el aliento de cobalto.

Su brazo bajó hasta mi hombro
para el intento de arrollarme en un abrazo
pero fue un milagro y un asombro
estrecharme en su mundo ya en ocaso...

Y... demoré subir a sus antojos,
ni vi de cerca el láser de sus ojos...

Arriba es abajo

Iñigo Imaz

Hoy han apuntado contra mi pecho
y no lo he sentido.
Llevo un blindaje infranqueable,
de palabras hirientes, hologramas mal interpretados
y llamadas a altas horas de la madrugada,
—todos mis días son noches—

Odio perder, no me rindo,
pero hay batallas que este orgullo no puede ganar
y mis soldados lo saben,
y dejan sus cascos oxidados
amontonados en la punta de la lengua junto a lo que no llegamos a decir,
junto a todas las preguntas sin sentido
que me miran y pelean,
se amotinan y me reescriben
con la tinta de mi sangre extraterrestre.

¿Es la fuerza aún intensa en nosotros?
¿A qué temperatura arde el papel?
¿Soñarán nuestros clones uno en el otro?
¿Es real este filete que mastico?

Son droides,
que caminan hacia el núcleo de la garganta
desgarrando la voz
con el arma desenfundada
disparando al cielo.
A cualquier cielo.
Pues da igual ya
cuando estás tan lejos de casa.

No recuerdo el día en el que vivo.
Esta nave no deja de dar vueltas.
Creo que me estás volviendo loco.

No queda nada por lo que pelear.

Aceptemos los problemas
con gravedad cero
que no pesan.

Dolidos de no tener razón,
levantemos tres dedos en señal de protesta
hinchados de orgullo, pero derrotados.

Y partamos hacia otros mundos,
que aquí
arriba
es abajo
según a dónde vayas,
y un final, puede ser un principio
tras los créditos.

Porque agachar la cabeza no siempre es perder,
a veces es ganarse a uno mismo.

Voy a contarte un secreto:
hay que dejar de ser orgulloso
para empezar a estarlo.

Código espiritual

Luis Miguel Martín Antón

Sólo soy un algoritmo,
un pedazo de metal,
un androide sin destino,
sin carne ni identidad.

En Vega, en Aldebarán,
en la estrella del camino,
mi mochila soledad,
mi deseo clandestino.

Tomo nota de los datos,
tomo nota hasta rabiar,
¡pesado agujero blanco
que no me dejas volar!

¡Agujero de gusano!
Un humano enajenado,
un humano en el hangar,
en una nave viajando,
en una nave espacial.
¡Qué suerte ser un humano!
¡Qué suerte poder amar!
¡Qué suerte abrir la mano,
… en hiperespacio entrar!

Sólo soy un algoritmo,
un pedazo de metal,
máquina sin paraíso
en el que poder gozar.

Pero sé que hay otros datos
que yo no puedo guardar,
que yo veo todo el rato
pero sin alma-cenar.
Sólo soy un algoritmo,
un pedazo de metal,
de Saturno en un anillo,
en busca de la verdad.

Quiero querer y no puedo
ahuyentar mi soledad,
¡en un agujero negro
voy a tener que entrar!

Sólo soy un algoritmo,
un pedazo de metal,
un pedazo de grafito
en un sistema estelar;
un parsec, dos, tres, ¡cinco!
un salto subespacial.

Paralelo universo,
en tu búsqueda voy ya,
en un pequeño velero
con fuerte viento solar.

Una nueva vida anhelo,
sin datos que procesar,
sin taquiones hechiceros
ofreciendo falsa paz.

Quiero detener primero,
detener la gravedad,
luego mi código enfermo
Y por fin con Dios hablar.

¿Sólo soy un algoritmo?
¿Un pedazo de metal?

Juntos podemos

Zoila Esperanza Pérez Molina

Juntos podemos
fabricar sueños
a la par del pensamiento
y de la fantasía.

Sueños del presente
de la mente mía,
realidad del mañana
de la mente humana.

Juntos podemos
construir nuestro propio
agujero negro
para un viaje sideral.

Será un torbellino
de luz y materia,
mantenido
a la suprema gravedad.

Juntos podemos
burlar a la NASA
y pasear por las nubes
y las estrellas.

Juntos podemos
contemplar
por arriba y abajo
nuestra Tierra bella.

Juntos podemos
sin alas ni visa
acampar en Calisto
e invernar en Ganímedes.

Juntos podemos
en Marte establecer
nuestra casa
chiquita y bonita.

Juntos podemos
expandir la amistad
y saludar a las marcianas
una por una.

Juntos podemos
escribir
nuestros nombres
a la par de Orión.

Juntos podemos
alumbrar el lado oscuro
de la luna
con un sol artificial.

Juntos podemos
el verano próximo
tener una cita
en la Osa mayor.

Juntos podemos
en Dubhe
patentizar nuestro modo
de hacer el amor.

Juntos podemos
aprender a mover
nuestro carro
con energía mental.

Juntos podemos
contactar a Shiva
y "haremos turismo estelar
en Taxis Vimana".